



EL
CARDO
DE
BRONCE

CUADERNOS DE POESIA Y PENSAMIENTO

TOMIELLOSO

EL CARDO DE BRONCE

Nº. XVII

Cuadernos de Poesía y Pensamiento al cuidado de Tomás Casero Becerra, Leopoldo Lozano, Manuel Moreno y José Vicente Galera.

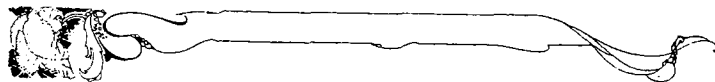
Director: Valentín Arteaga, Ardemáns, 30,
Tel. (91) 726-24-22, 28028 MADRID.-

Redacción y Administración, Ciudad Real, 29
Tel. (926) 51-10-84, 13700 TOMELLOSO.- (Ciudad Real).

2ª. época, año VIII, nº. XIX, diciembre de
1992, Depósito Legal, Ciudad Real, 832/85.



PRESENTACIÓN






igamos. Sigamos todavía dándole vueltas a la llanura desde aquí. Desde este lugar inmenso y disparatado del Común de la Mancha. Sigamos con la flor y el bronce del cardo entre las manos como un regalo inmerecido y como un don inapreciable que nuestro corazón desea regalar a quien, por aquí y por allá, busque no quedarse en donde está. Seguimos. No es fácil la tarea, pero hermosa vaya sí lo es. Seguimos, quizá no tan puntuales como aquella vez nos propusimos porque en los pueblos, ahora y aquí, la poesía y el arte en general requieren larga la paciencia y ancho el corazón.


Seguimos para que cada nueva mañana sea posible mirar a las nubes, y cada tarde nos sea dado el agradecimiento de permanecer pese a todo. Al otro lado del mapamundi los seres humanos se exterminan los unos a los otros. Van y vienen niños con sus lágrimas en las manos. Nosotros, empero, deseamos continuar y seguir. Porque, si en alguna parte del mundo se sigue y continúa aún con la poesía, a lo mejor es posible ermdarle la plana al personal. Y los asuntos quizás cambien. Esa es la cuestión. "El Cardo de Bronce" no está para desanimarse ni desistir. Un día nos dijimos: Hay que apostar por la incontinencia de la palabra. Hay que poner de nuestra parte una pizca de fervor y de ilusión. Hay que ponerse de pie sobre la llanura a ver si nos es concedido otear el mar.

Seguimos afirmándonos lo mismo. De la última fecha hasta hoy han ocurrido muchas cosas. Ha muerto Luis Rosales, pero la casa, aquí, está todavía encendida. Recordamos mucho aún a Luis entre nosotros que quiso habitar con su palabra nuestras páginas, que acudió hasta Tomelloso para cecear sus rimas gloriosas y beber vino con Félix Grande, Paca Aguirre, Eladio Cabañero y todos cuantos pergueñamos estos cuadernos de amistad.

Seguimos porque estamos más que convencidos que no cede nunca su respiro la sagrada poesía. Seguimos para poder gritarle a las tierras y a cuantos por ellas cruzan que el arte es completamente necesario para nosotros.

A decorative flourish consisting of intricate, swirling lines and floral motifs, framing the word 'SUMARIO'.

SUMARIO



TRADUCCIONES:

Anna Ventura, por Carlos Vitale.

ESTUDIOS:

"Joaquín Brotóns, entre el fuego y la ceniza", por Pedro Antonio González Moreno

POEMAS DE:

José Carlos Cómitre Herrera, Carmen Conde, Lázaro Domínguez Gallego, Pedro Hernández Puerto, Rafael Inglada, Pedro Sevilla, José Manuel de la Pezuela, Luis Antonio de Villena.

NARRACIONES:

"...Y las Estrellas hablaron", de Eugenio Arce.

"Manolo", de Pascual Antonio Beño.

PLIEGO DE POESIA:

"Tierra de silencio", de Manuel Moreno.

VASAR Y EMPOTRO:

"El altar del dios Geómetra", por Domingo F. Faílde.

SIETE LIBROS ALINEADOS EN NUESTRO VASAR:

Mercedes Escolano, Antonio Carvajal, Luis Antonio de Villena, Carlos Marzal, Javier Egea, Angeles Mora, Claudio Rodríguez, por Domingo F. Faílde.

Dibujos Pliego de Poesía: Francisco Javier Sancho Tormes.

A decorative floral wreath composed of various leaves and scrolling vines, framing the word 'TRADUCCIONES'.

TRADUCCIONES

ANNA VENTURA

(Traducción de CARLOS VITALE)



TEA ROOM

Si el azul de las tacitas
o el trozo de pastel en el plato minúsculo
o el humo, el calor,
las voces de mil lenguajes
incomprensibles y amigas,
Mitteleuropa que duras,
a pesar de todo,
y estás destinada a durar,
si todo esto no bastase para convencerme
de tu eternidad,
el gran gato enroscado,
con el que comparto la silla,
sería la prueba segura
de que somos viejos y sabios,
de que somos viejos e inmortales,
aunque más allá de los cristales a cuadros
disparen policías y ladrones.

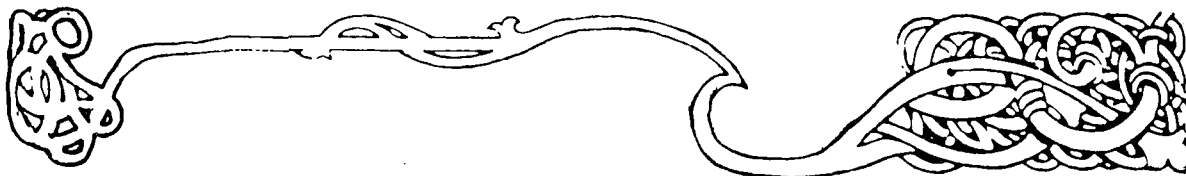
Se l'azzurro delle chicchere/ o lo spicchio di torta nel piatto
minuscolo/ o il fumo, il caldo,/ le voci di mille linguaggi/
incomprensibili e amiche,/ Mitteleuropa che duri,/ nonostante tutto,/
e sei destinata a durare,/ se tutto questo non bastasse a convincermi/
della tua eternità,/ il grosso gatto a ciambella,/ con cui divido
la sedia,/ sarebbe la prova sicura/ che siamo vecchi e saggi,/ che
siamo cechhi e immortali,/ anche se oltre i vetri a scacchi/ sparano,
le guardie e i ladri.



LOS HELADOS

El verano triunfa
en los helados empenechados
que misteriosos camareros sostienen altos como trofeos
bajo las bóvedas encorvadas de los toldos para el sol.
Es como para mirar preocupados
al misterio de estas copas gigantes,
donde se ocultan, retorcidos,
colores y sabores tropicales.
Hay quien tiene el valor de comérselos todos,
estos pantagruélicos monumentos al dios de la abundancia.
Afrontamos con temor la cima de la nata,
luego, poco a poco, cucharita a cucharita,
llegamos al fondo del cristal,
velado por el último almíbar.
Y nos sentimos culpables, en aquel momento.
Nos consuela ver, sin embargo,
que, altos sobre las cabezas,
navegan otros helados,
otras cucharas se hunden
en las montañas de la nata.
Y luego, al final,
queda la sombrilla china,
la banderita de colores, la flor de papel, últimos despojos
de tanto monumento.
No había otro modo
de obtener una escarapela de papel de seda
que estaba clavada encima.

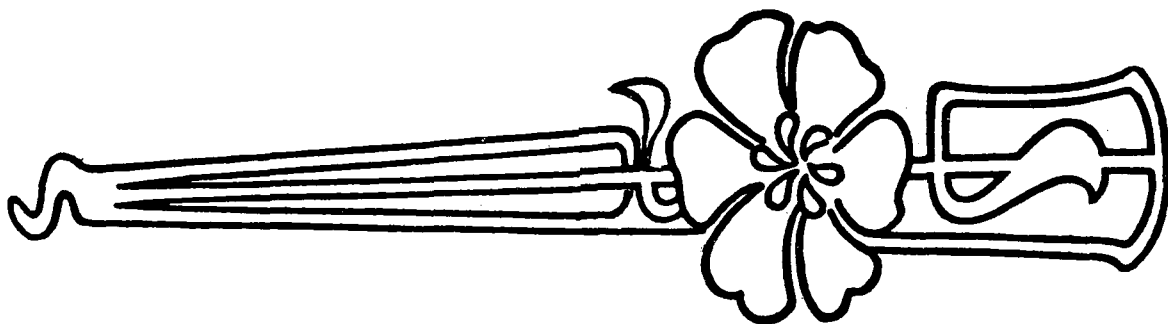
L'estate trionfa/ nei gelati a pennacchio/ che misteriosi camerieri
tengono alti come trofei/ sotto le volte ricurve dei padiglioni da
sole./ C'è da guardare preoccupati/ al mistero di queste coppe giganti,/
dove si annidano, contorti,/ colori e sapori tropicali./ Esiste chi
ha il coraggio de mangiarseli tutti,/ questi pantagruelici monumenti
al dio dell'abbondanza./ Si affronta con timore il cocuzzolo de panna,/
poi, piano piano, cucchiaio dopo cucchuaio,/ si arriva al fondo di
vetro,/velato dall'ultimo sciroppo./ E ci si sente in colpa, in quel
momento./ Ci consola vedere, tuttavia,/ che, alti sulle teste,/ navigano
altri gelati,/ altri cucchiai affondano/ nelle montagne di panna./
E poi, a cose fatte,/ resta l'ombrellino cinese,/ la banderilla a
colori, al fiore di carta, ultime spoglie/ di tanto monumento./ Una
volta ho mangiato un gelato mostruoso./ Non c'era altro modo/ per
avere una coccarda di carta velina/ che c'era confitta sopra.



EMILY

Si desatas los lazos de la cofia,
es señal de que te quedas un poco.
Si llevas el maletín hinchado de dones
-los de Navidad, que se llaman aguinaldos-
y cruzas los brazos sobre el compuesto vestido,
yo espero que, por una vez,
aunque sea una sola, antes de morir,
tendré compañía.
Idénticamente, a mi vez,
querré subir al tren anónimo
que hiende las temblorosas brumas invernales
-árboles secos, vacíos caseríos, ¡adiós!-
al tren anónimo que me lleve
a una casa confiable,
donde mi leño ceda
al olor del alcanfor;
donde no suene el teléfono,
se cocine lo suficiente,
se hable sin miedo.
De noche, fuera,
bajan los ángeles.

Se sciogli i lacci della cuffia,/ è segno che rimani un poco./ Se
porti la valigetta gonfia di doni,/ -quelli di Natale, che si chiamano
strene-/ e incroci le braccia sulla composta veste,/ io spero che,
per una volta,/ anche una sola, prima di morire,/ avrò compagnia./
Identicamente, a mia volta,/ vorrò salire sul treno anonimo/ che
fende le tremanti nebbie invernali/ -alberi stecchiti, vuoti casolari,
addio!-/ sul treno anonimo che mi porti/ in una casa fidata,/ dove
il mio legno cede/ all'odore della canfora;/ dove non suona il telefono/
si cucina quanto basta,/ si parla senza paura./ Di notte, fuori,/
scendono gli angeli.



LA DILIGENCIA DE LOS SANTOS

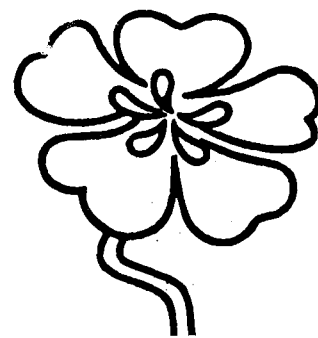
"Frágil cielo, cautamente amado.
Alcanzarlo sería
loca empresa, como quien quisiera
tocar los ropajes
del arco iris.
Pero cuanto más lejano, más seguro
si es perseguido.
Oh qué alto es el cielo para la lenta
diligencia de los santos.

(Emily Dickinson)

Si demasiado alto es el cielo
y demasiado frágil,
y demasiado cauto es el amor,
escucha, Emily,
el tenue tintineo de los cascabeles
en la calle helada:
está aquí fuera, la diligencia de los santos.

El postillón entrará por la puerta,
dentro, donde
la chimenea está encendida,
roja es la reverberación de la llama.
Vienen voces
como desde el fondo de un bosque,
las manos se tocan,
el calendario
habla de semillas,
de florecimientos, de estaciones.

Se troppo alto è il cielo/ e troppo fragile,/ etropo cauto è l'amore,/ ascolta, Emily,/ il tenue tintinnio dei sonagli/ sulla strada gelata:/ è qui fuori, la diligenza dei santi./ Il postiglione entrerà dalla porta,/ dentro, dove/ é acceso il camino,/ rosso é il rivebero di fiamma./ Vengono voci/ come dal fondo di un bosco,/ le mani si toccano,/ il calendario/ parla di semi, di fioriture, di stagioni.

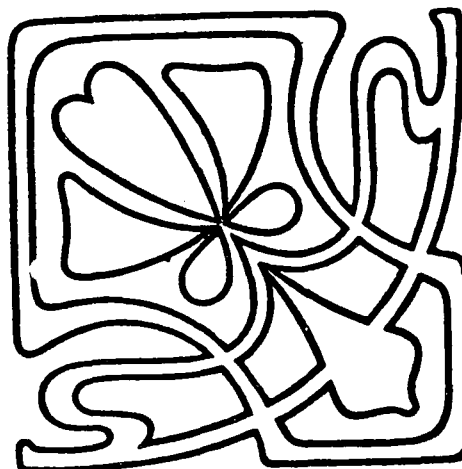


CALLEJA CON FIGURA



uelvo a subir la callejuela gris
con sus hiedras verdes.
Caminando despacio, sobre los adoquines redondos,
puedo contar las puertas,
leer los nombres en las placas bronceadas,
cortar la sombra de las hierbas colgantes,
tocar la brecha del muro.
Cuanto más tiempo empleo, mejor es.
Esta callejuela tétrica lleva a alguna parte,
viene de alguna parte
y en los cruces húmedos
serpentea hacia otras partes,
y cuando hace verdadero frío
es un bloque sólido de frío.
Es preciso atravesarla lentamente, al paso,
más aburridos que cansados,
más desilusionados que ansiosos,
para amar el silencio de las cosas,
la horizontalidad de la indiferencia.

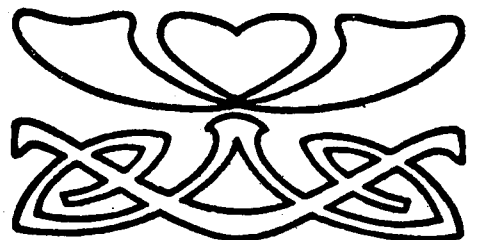
Risalgo il vicolo grigio/ con le sue edere verdi./ Camminando piano,
sui selci rotondi,/ posso contare le porte,/ leggere i nomi sulle
targhe ottonate,/ tagliare l'ombra delle erbe pendenti,/ toccare
la breccia del muretto./ Più tempo impegno, meglio è./ Questo vicolo
tetro porta da qualche parte,/ viene da qualche parte/ e ai crocicchi
umidi/ si snoda verso altre parti,/ e quando fa proprio freddo./
è un blocco solido di freddo./ Bisogna attraversarlo lentamente,
al passo,/ più annoiati che stanchi,/ più delusi che ansiosi,/ per
amare il silenzio delle cose,/ l'orizzontale dell'indifferenza.



PASEO DE UNA HORA

Caminar sobre la alfombra de hojas:
el color es amarillo, amarillo fuerte,
ocre, naranja, tostado.
Hay, en la alfombra,
un principio de podrido maleable,
el paisaje lejano,
más allá de los árboles,
es verde humo que se evapora.
El perro es dócil,
tiene manchas color café con leche
y husmea
la liebre invisible.
El sol durará aún una hora,
esta única hora del día.
Yo no sé quién
camina junto a mí.

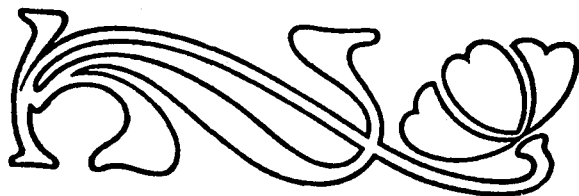
Camminare sul tappeto di foglie:/ il colore è giallo, più giallo,/
ocra, rosso, arancio, bruciato./ C'è, nel tappeto,/ un principio
di marcio cedevole,/ il piede incontrandolo scivola un poco/ ma lo
trattiene la superficie morbida,/ elastica e fruscante./ Il paesaggio
lontano, oltre gli alberi,/ è verde fumo che evapora,/ il cane è
docile,/ ha macchie color caffelatte/ e punta/ la lepre invisibile./
La casa azzurra, minuscola,/ aspetta dentro il giardino./ Il sole
durerà ancora un'ora,/ quest'unica ora del giorno./ lo non so chi/
mi cammina accanto.



COMO UNA FRAGIL TAZA

Como una frágil taza
de filigranas verdes
es esta tarde vacía;
qué horrible desperdicio -imperdonable-
de esplendor.

Come una fragile tazza/ a ricami verdi/ questo pomeriggio vuoto;/
che orribile spreco -imperdonabile-/ di splendore.



A decorative graphic featuring a stylized rose and swirling floral motifs in black ink, positioned to the left of the word 'ESTUDIOS'.

ESTUDIOS

JOAQUIN BROTONS, ENTRE EL FUEGO Y LA CENIZA

EL POETA.-



Algún día relatarán las crónicas locales que una vez nació un alejandrino en Valdepeñas. Y que nació no por casualidad, sino por un caprichoso designio de los dioses. Y relatarán también que a ese hombre, llamado por los azares de la burocracia familiar Joaquín Brotóns, todos intentaron rebautizarlo a su manera. Y los apelativos se multiplicaron: Fue llamado "Rimbaud valdepeñero" por Pascual-Antonio Beño; "pagano dios de la belleza", por M^a. Carmen Sánchez; "un mosquetero, un francotirador de la poesía", por Pablo García Baena; "un incansableanarquista con balas de chocolate", por J. Martín Rodríguez; "hijo de un sátiro y de una ninfa", por F. Gómez Porro; o "Poeta, en el nombre del ave, y del niño y del insólito llanto"... por Carlos Murciano.

El acta bautismal de Joaquín Brotóns es amplia y compleja como su misma personalidad, y cada uno de los nombres trata de encerrar dentro de sus limitaciones a un poeta, a un hombre inabarcable. ¿Quién es verdaderamente ese personaje que desde su fotografía nos mira con ojos aun mismo tiempo irónicos, altivos e indefensos? ¿Un desterrado de las noches helénicas? ¿Un pedazo de carne alejandrina transmigrada a la llanura manchega? ¿Un enamorado que ha sabido traducir a palabras el pulso roto de su corazón? ¿Un ángel caído cuyas alas intentan elevarse salpicadas por el vino espeso y rojo de Valdepeñas? ¿O se trata de un hombre -simplemente un hombre- tan desoladamente humano y solitario que trata de salvarse a través de sus versos, a través de ese brebaje ácido y turbio de los dioses?

Desde las alturas del Olimpo, (habitáculo de divinidades), hasta la herrumbre de las tabernas (guarida de solitarios), la figura de Joaquín Brotóns se reviste de variadísimas imágenes, quizá todas auténticas, quizá todas distorsionadas. Tal vez en su misma complejidad y polivalencia ha de entenderse y aceptarse el verdadero ser del poeta: un noctámbulo irredento, un insomne incurable, un amador romántico que escupe su tristeza en las noches de luna, un centauro de ojos fenicios y mirada griega que pasea por las tascas su nostalgia infinita.

Físicamente tiene Joaquín Brotóns una aureola de Balzac postmoderno mezclada con ese aire neroniano de quien ha visto arder para siempre sus más bellas ciudades, sus mejores abrazos. Tiene el vitalismo jovial y libertino de quien sabe de sobra que no es vivir lo importante, sino gozar. Su alegría, tal vez como todo lo

suyo, posee el don de la ambigüedad, y adivinamos en él cuando sonríe un posos secreto de callada amargura. Enemigo visceral de las caretas y las mascaradas sociales, a veces podemos observar en él una tendencia al camuflaje, pero su máscara personal es una protección necesaria, un velo tan transparente que tras él puede adivinarse un fondo de indefensión y ternura. Sin ser un polemista, suscita la polémica. Sin ser un hablador, concita las habladurías. En definitiva, parecen haberse reunido la paradoja y la contradicción para hacer aún más inexplicable su figura.

LA CRITICA



a obra poética de Joaquín Brotóns ha sido ya largamente estudiada por parte de críticos, estudiosos y poetas, y múltiples y variadas son las valoraciones que de su obra se han emitido. No vamos a exponer aquí ninguna recopilación bibliográfica, sino que nos limitaremos a señalar el carácter curiosamente contradictorio de algunas de esas opiniones.

Para Luis de Cañigral (1) estamos ante un poeta de estirpe romántica en sus orígenes, que delata posteriormente influencias de Cernuda y Cavafis. Jesús M^a. Barraojón, por su parte, además de las señaladas, considera determinantes las influencias de otros dos poetas que son Pablo García Baena y Luis Antonio de Villena. (2) Mientras que para Pascual Antonio Beño (3) "la poesía de Brotóns es totalmente personal" y textualmente "incontaminada", exenta por lo tanto de todo tipo de influencias.

Si para Francisco Mena Cantero, Brotóns ha caído en el prosaísmo y "se ha refugiado en esa absurda composición de palabras y en expresar ideas tan comunes que para ello no hace falta ser poeta" (4), para Celso E. Ferreiro estamos ante un "poeta auténtico", y para Luis Antonio de Villena "Brotóns es verdaderamente un poeta, cosa frecuente de nombre y rarísima en la realidad".

Si en opinión de Raúl Carbonell, Joaquín Brotóns emprendió en su momento "una aventura literaria que será tan penosa como incomprensible" (5), es opinión compartida por muchos otros que ciertas antologías y homenajes dan fe de que ese reconocimiento existe.

Tampoco en cuestión de fechas los críticos se han puesto de acuerdo. Así, mientras Miguel Peñasco (6) considera 1978 un año clave en la poesía de Joaquín Brotóns, Antonio González-Guerrero piensa que 1984 es un año decisivo para el poeta, afirmando que ha de hablarse "inevitablemente del Joaquín Brotóns de antes de la crisis del 84 y del Joaquín Brotóns de después de la crisis del 84" (7).

En cualquier caso, estas y algunas otras divergencias críticas, son una cuestión baladí ante lo que hemos de considerar la verdad indiscutible y profunda de la obra brotonsiana. Una obra que pasaremos a analizar a continuación.



a trayectoria poética de J. Brotóns se inicia tempranamente, en 1977, con el libro "Poemas para los muertos", por el que hemos de reconocerle como iniciador o precursor de la joven lírica manchega que cristalizaría sobre todo entre los años 1979-82. De hecho, los tres primeros poemarios de J. Brotóns se publican antes de esas fechas, cuando sólo existían en la región indicios de una poesía floralista, terruñera y mesiánica. Como escribiera José López Martínez, la poesía de Brotóns "irrumpe con fuerza en medio de la poesía bien construída y amanerada que hoy se está escribiendo en la Mancha, donde todavía los poetas mantienen abscisas muy próximas a lo esteriotipado". (8) Por aquellos años, finales de la década de los 70, habían ya comenzado a surgir en otras regiones españolas más avanzadas brotes de una lírica rupturista y disidente que proclamaban una renovación poética. Aislado y solitario en su Valdepeñas natal, Joaquín Brotóns va a contribuir también, a su modo, a esa renovación generalizada, volviendo la espalda a las tendencias vigentes por entonces en la región, fundamentalmente al paisajismo, al floralismo y al devocionalismo. Al devocionalismo opondrá J. Brotóns una irrenunciable actitud pagana; a la poesía huera y profesionalizada de los juegos florales, una poesía vivencial, sentida y sincera; al paisajismo localista y provinciano, su cosmopolitismo griego. En cuanto al mesianismo, el otro rasgo caracterizador de la lírica regional, hemos de admitir que pervive de un modo palmario al menos en su primer libro y lo encontramos ya más difuminado en el segundo, para desaparecer posteriormente. Pero esta impronta mesiánica, que es sin duda una inicial contaminación literaria, es también en J. Brotóns el resultado de un apasionamiento rebelde y juvenil que le lleva, aunque con distinto tratamiento formal, a coordenadas mesiánicas como la crítica de la deshumanización actual, la necesidad del amor como terapia redentora, la crítica de la inautenticidad, la insolidaridad, la hipocresía y de todas aquellas lacras que obstaculizan la concordia y la buena armonía entre los hombres.

La poesía de Brotóns escapa al mesianismo por su característico tono virulento, agresivo y desgarrado. Una agresividad que, como afirma Raúl Carbonell en la solapa de "Poemas para los muertos", tal vez sea debida al conjunto de muchos desengaños.

En definitiva, y sean cuales fueren sus motivaciones reales, este primer libro de Brotóns es un grito de pureza añorada, un grito de antibelicismo y antirracismo, una llamada a la solidaridad, una protesta contra la corrupción en su más amplio sentido. Y es un libro que, por contraste, nos sumerge en una sociedad corrompida y tumefacta, en una realidad degradada e impura, donde el hombre aparece contemplado en su más sórdida y abyeta condición. Así, leemos en el poema "deshumanización":

"Los hombres vamos como locos,
cada uno por nuestro sendero (...)

No nos detenemos ante nada
ni ante nadie.

Somos máquinas de acero,
somos gusanos de un basurero
que nos rumiamos el esqueleto al nacer."

Como consecuencia de esta visión miserabilista y antropofágica del hombre, el poeta introduce en este libro un bestiario muy peculiar que hemos de considerar simbólico y representativo de ese mundo que rechaza. Este curioso muestrario zoológico se caracteriza bien por su nocturnidad o bien por su naturaleza voraz y depredadora: encontramos así gusanos corrosivos, cerdos bien cebados, ratas devastadoras, perros y lobos aulladores, o lechuzas, buhos, cuervos y murciélagos locos entre otros "pajarracos nocturnos"... Toda una galería de monstruos que actúan como metáfora de una sociedad lúgubre, agresiva y hostil, pero que son al mismo tiempo la proyección terrible de la propia conciencia torturada del poeta.

Una oscura coreografía tiñe de tintes tenebrosos y opresivos este libro, que más que escrito parece escupido con urgencia de vómito contra esa informe masa humana de muertos que no saben hacer de sus vidas más que un desolado cementerio. En medio de este escenario inhabitable, el poeta comienza ya a sentir los agujones de la soledad, un tema que será motivo recurrente en casi todos sus libros. De igual modo, el vino, que será inseparable compañero a lo largo de su peregrinaje poético, aparece ya aquí como protección y refugio, o al menos como consuelo, frente a una realidad amenazadora, absurda y lacerante:

"Estamos solos,
terriblemente solos,
sólo el vino nos acompaña.
Todo es un absurdo baile de máscaras y sombras.
Todo es una danza de murciélagos locos
que, ciegos, se golpean contra el ayer."

El segundo libro de Joaquín Brotóns, "Las máscaras del desamor" (1978) presenta una doble orientación: por un lado, la que procede de "poemas para los muertos", y la que abre, por otro, hacia unos nuevos planteamientos temáticos y estéticos que cristalizarán sobre todo a partir de "El espejo de la belleza".

En "Las máscaras del desamor" continúa, aunque ya un tanto atenuado, su grito de protesta contra un mundo engangrenado por el desamor; perviven unas ciertas reminiscencias mesiánicas, y pervive sobre todo esa macrometáfora de la noche interior del poeta como reflejo de esa otra "larga noche del desamor" que todo lo envuelve. Refugiado aún en su "oscuro y misterioso interior de caverna", el poeta se siente todavía acosado por una realidad hiriente y opresiva, una "punzante realidad" a la que se representa mediante una simbología de espadas, dientes devoradores, "salvajes colmillos puntiagudos", etc.

Reaparece también en "Las máscaras del desamor" el leitmotiv de la soledad, desencadenado en este caso por la huida que el poeta realiza de ese entorno de muerte, putrefacción y "carnaval social" que él tanto desprecia. Asimismo reaparece, ampliado con nuevas alimañas el bestiario depredador de "Poemas para los muertos", dotado de una idéntica significación: dragones hambrientos, lobos marinos, caimanes, chacales... No obstante, en este bestiario aparecen criaturas que poseen connotaciones bien distintas y que evidencian el nuevo giro, ya señalado, de la poesía de Joaquín Brotóns: Así, por ejemplo, la gaviota se convierte en metáfora de la libertad, la sirena, del deseo; el potro y el caballo, en imagen de la pasión sexual arrolladora y desbordada.

La lúgubre escenografía de "Poemas para los muertos" va a ir siendo paulatinamente reemplazada también por elementos que preludian la estética futura de "El espejo de la belleza", y que en este libro, "Las máscaras del desamor", aparecen aún en esbozo. Tales elementos, cuya función es ornamental, (mármoles, columnas, corales o marfiles) constituyen el decorado que enmarcará la nueva actitud ética de J. Brotóns: una actitud apolínea de contemplación y exaltación de la belleza, de culto al cuerpo adolescente, de morbosa atracción por lo efébo. Esta nueva ética, de raíz helenística, no es en Joaquín Brotóns sólo el resultado de la aplicación de los estereotipos culturalistas por entonces vigentes, sino que tiene además una doble justificación: por un lado, la búsqueda de la autenticidad y pureza que la adolescencia encarna; y por otro, la búsqueda de la propia juventud perdida y añorada. El culturalismo brotonsiense es, pues, de elaboración personal, despojado de exotismos truculentos y pedanterías exhibicionistas.

Otro tema de interés que hallamos en este libro es el choque, en términos cernudianos, de la realidad y el deseo; un choque incruento pero doloroso, del que resulta una permanente insatisfacción del poeta. Utilizando una imaginería más propia de Brotóns, se trata del choque de las máscaras hipócritas o de los caimanes contra los libidinosos corceles pura-sangre. Este enfrentamiento, que vemos perfectamente reflejado en el poema "La realidad desnuda", da como resultado inevitable la frustración, o lo que es lo mismo, el desencanto:

"Tanto te deseo,
tanto te amo,
tanto te necesito...
tanto he acariciado tu suave piel dorada,
tu cuerpo de sirena
en la fría soledad de la noche,
en el resquebrajado espejo de la luna,
en la blanca cama del deso frustrado,
que pienso que quizás
sería mejor abandonar los sueños
y poner los pies sobre la punzante realidad."

Sobre los dos ejes cernudianos antes citados se articula también su libro siguiente "Amor, deseo y desencanto" (1979), donde la exaltación de la carne como objeto de culto cede paso a la narración más intimista y personal de la experiencia amorosa; una experiencia que se presenta ya como pretérita y que desemboca en un hoy desposeído. La pérdida del objeto amado es aquí el motivo que conduce al desencanto. Inmerso en una realidad doliente, el poeta se contempla a sí mismo solo y desolado en su presente, aunque a la vez dichoso en su pasado.

Entre otras constantes de su poesía, advertimos que a la pureza y desnudez del cuerpo amado (metáfora del deseo), sigue oponiéndose la idea del mundo como teatro, farsa, mascarada y "estúpido carnaval de disfraces y confeti" (metáfora de la realidad). Por otro lado, la experiencia de la soledad, no ya planteada en términos existenciales, sino sentimentales, hunde al poeta en un decorado de días grises, tristeza atormentada, insomnios febriles y tinieblas interiores que le arrastran hacia la autodestrucción (metáfora del desencanto):

"Veo el cuerpo de la soledad arrastrándome al abismo,
empujándome violentamente al fuego de la locura,
del suicidio,
del hachazo frío del desamor."

"Amor, deseo y desencanto" es un libro en el que la inicial agresividad de Joaquín Brotóns ha derivado ya hacia un acento dolorido. Su grito se ha convertido en lamento; su desesperación en desencanto. No le preocupa ya tanto el desamor colectivo como el desamor propio. Por eso su voz, más que con desgarrada rebeldía, suena con un asumido desengaño. Un libro de interiorización plena que se mueve en torno a unos temas ya característicos: la evocación de la pasada experiencia amorosa, la pérdida del objeto amado, el azote de la creciente soledad que esa pérdida lleva consigo, y el deseo insatisfecho que se produce como resultado final de todo ello.

Hallamos en esta obra dos grandes metáforas que se reiteran obsesivamente y que son consustanciales a la poesía brotonsiana: una de ellas, la del caballo, la hemos comentado anteriormente; la otra, que tiene a la luna como protagonista, la analizaremos con posterioridad. Pero a estos dos elementos icónicos se suma en este libro la presencia de uno nuevo: el mar, con toda la amplia imaginaria que desencadena. El mar aparece, en un plano de significación más elemental, como marco escénico donde se sitúa la peripecia amorosa de los amantes. Pero aparece también contemplado como una presencia corporal que se convierte en objeto de deseo. Una presencia, masculina o femenina, que sirve al poeta para realizar una compensación sustitutoria de su propio deseo amoroso insatisfecho. Así, leemos en el poema "Despedida de fuego y lluvia":

"Hundo mi cuerpo en el mar,
en el oleaje húmedo de espuma y salitre.
Penetro por las crestas de las olas y me dejo
arrastrar
por sus labios de belleza y deseo.
Quiero amarlas,
besarlas,
acariciarlas dulcemente,
hacer el amor por última vez con ellas,
poder gozar de sus cuerpos de sirena..."

"La soledad de la luna" (1980, reafirma actitudes del poeta ya aparecidas en libros anteriores, como la evocación de experiencias amorosas concretas. Desde su soledad, fidelísima compañera, el pasado es rememorado con una tonalidad nueva: la nostalgia. Recluido interiormente en su caparazón lírico, en su "corazón-jaula", Joaquín Brotóns ha asumido ya la amarga realidad de su destino, la imposibilidad de su amor. El mundo externo continúa viéndose como un entorno devastador y castrante, como una monstruosa "serpiente de cascabel" o "dragón de las trece cabezas", y el deseo ha sido transformado en una oscura certeza de posesión irrealizable:

"Desearle...
y ser consciente de que nunca podré gozarle.
Nunca podré acariciar,
besar su hermosa carne lujuriosa (...)
Nunca podré poseer su cuerpo."

Convencido plenamente de la imposibilidad de su amor, el poeta, triste carne de sueños, se evade en ocasiones de esos "colmillos carnívoros" de su realidad, y reconoce en la luna, es decir en la soledad, su único amor fiel y realizable. Así lo confiesa en la "Balada del amor violeta".

"Es ella, la luna,
nuestra amante más fiel,
la compañera de sueños vividos día a día. (...)
Tú estás destinado a ser el amor de la luna,
su amante nocturno,
furtivo,
su caballo negro
de espuelas de oro y montura de nácar."

La luna posee en la obra de Joaquín Brotóns una amplia simbología; es una imagen polivalente que puede revestirse de variadas significaciones. La luna es el gran signo romántico de su poesía, signo de la nocturnidad anímica en que vive el poeta, reflejo de su noche interior. Es también un trasunto de la soledad que le atenaza, refugio y consuelo de su desolación, confidente o cómplice de sus sentimientos, o metáfora de la ilusión lejana, del deseo imposible, del amor irrealizable.

"La soledad de la luna" es un libro que cierra una etapa en la poesía de Joaquín Brotóns. Una etapa signada por la simbología lunar y nocturna y marcada por el choque del yo contra el entorno. Una etapa definida por una realidad opresiva y una personalidad depresiva. En adelante, su poesía experimentará un giro considerable; un giro que habiá sido ya anticipado en "Las máscaras del desamor" y que va a materializarse ahora en "El espejo de la belleza" (1982).

Las coordenadas de semejante cambio son perceptibles tanto formal como temáticamente. Escrito bajo los signos resplandecientes de la luz y la belleza, lo que diferencia sobre todo a esta obra de las anteriores es su distinta actitud ante el hecho amoroso. Actitud de exultante optimismo y euforia ante la belleza corporal entendida como objeto de contemplación y goce; pero también se diferencia por el distinto tratamiento de su propia experiencia amorosa personal. Quizás es este último el aspecto más llamativo que encontramos, porque si en otras obras la pérdida del tú amado era tratada traumáticamente, convirtiéndose el recuerdo en un acto de actualización del dolor, en "El espejo de la belleza" incluso el recuerdo de ese amor vivido es una experiencia beatífica y gratificante. El pasado ha dejado de ser un tiempo de felicidad perdida, para convertirse en un ámbito de actualizada belleza aún disfrutable. Ante el recuerdo el poeta no adopta ya un tono de doliente desconsuelo, sino en todo caso un contenido sentimiento de añoranza.

El nuevo giro poético se manifiesta también en otro aspecto ya barruntado en "Las máscaras del desamor": el culto carnal, la devoción por la belleza adolescente, asexuada, efébrica. Un filón temático que desencadena una nueva parafernalia lingüística; de ahí que el poeta utilice un vocabulario más rico en matices ornamentales, dotado de una mayor capacidad sensorial. Su verso se engalana así con elementos del mundo mineral e incrustaciones de pedrería: Mármoles, jade, malaquita, alabastros, esmeraldas, rubíes o zafiros; abundan igualmente los elementos del mundo vegetal, sobre todo aplicados a la descripción del cuerpo amado: rosas, cocos, cerezas, lilas, azahares... Y encontramos también un bestiario de gacelas, corceles, golondrinas o panteras, en sustitución de las alimañas voraces y depredadoras de sus anteriores libros.

Todo ello nos confirma esa honda transformación que se ha producido en la lírica del poeta. Desde su tiniebla interior, desde las sombras lunares y las corrosiones de su mundo íntimo, Joaquín Brotóns ha derivado hacia la contemplación de la belleza y hacia una

carnalidad resplandeciente que convierten este libro en una obra luminosa y solar, una obra, en palabras de Luis de Cañigral, "de vinculación al esteticismo, al venecianismo o culturalismo temático... y al cavafismo latente." (9)

Aparece también en este libro un nuevo aspecto que Brotóns retomará posteriormente, tanto en "Poemas del amor ambiguo" como en "Reencuentro en el Sur": se trata de los tópicos del malditismo, que le llevan a una escenografía de tascas sórdidas y burdeles nocturnos donde encontrar "el amor mercenario y oscuro". Convirtiendo el callejeo en una estética y el deseo en una religión báquica, Joaquín Brotóns andará y desandará los vericuetos de la madrugada en busca de los efímeros placeres carnales. A partir de "El espejo de la belleza" la poesía de Brotóns adquiere una dimensión más hedonista y carnal. El grito de la carne cruza como un corcel desbocado por las páginas, reclamando su goce inmediato, desatándose como un turbión de energía primaria y arrolladora, desbordándose como un signo de todo lo instintivo, puro y primitivo que aún habita dentro del hombre. Frente a los caparazones escleróticos de la moral, frente a los puritanismos de una sociedad "mojigata, reprimida, ridícula y llena de prejuicios", el poeta opone el hedonismo de la carne como una forma de liberación, como una forma de catarsis mediante la que el hombre queda sublimado y reducido a una suerte de "bestia amorosa", incontaminada y limpia, que nace para el amor y se realiza en el amor:

"La llamada de la carne, de los instintos...
nos están reclamando."

A ese intento de desenmascaramiento del hombre constreñido por los prejuicios sociales y morales, se debe, en gran parte, esa característica virulencia, ese tono apasionado y desgarrado, esa contundencia expresiva de la lírica de Brotóns. A ello se debe también el empleo de un lenguaje que lleva implícito en su semántica o en su fonética un raro frenesí, una arrolladora fuerza que parece transmitimos una sensación de diques desbordados. Es como si un estallido de pasión tratara de romper todas las limitaciones y tratara de romper ante todo, la primera de las limitaciones: el lenguaje. Por eso son tan gratas al poeta las expresiones que connotan una idea de ruptura, de desbordamiento, de liberación...

"Conocí tu cuerpo salvaje, rugiente...
una cascada de bocas...
un torrente despiadado de fuego y lava,
una catarata de pasiones feroces."

"Poemas del amor ambiguo", como ya hemos anticipado, es un libro que prolonga y consolida esos ámbitos de carnalidad y sensualidad pagana, ambigüedad y efebología, malditismo y bohemia, epicureísmo y belleza. El amor o su vacío, el deseo o su recuerdo, son las coordenadas entre las que sigue moviéndose la poesía, la existencia misma de Joaquín Brotóns:

"Y obsesionado por los recuerdos
volví a los errabundeos nocturnos,
a la caza-búsqueda
de la belleza física y estética,
al placer epicúreo y anónimo
de los contactos mercenarios."

"Reencuentro en el Sur" (1987), surge tras un prolongado paréntesis creativo. Un libro quintaesenciado donde el poeta ofrece una brevísima muestra de siete poemas que son como cálidas ráfagas

de arrebatada pasión amorosa. Localizados en un marco que se caracteriza por su mediterraneidad tanto geográfica como estética, rebosan toda la sensualidad, todo el perfume carnal de la más genuina poesía brotonsiana.

El autor recrea aquí vivencias que reiteran su particular universo de decadente y melíflua belleza, recurriendo una vez más a recursos acuñados ya como propios en poemarios anteriores, tales como la adjetivación frutal y mineral para la descripción del tú amado, o la fusión de palabras mediante guión para producir un efecto de intensificación evocativa. Esta continuidad de recursos tiene su correlato en la continuidad de los temas y las atmósferas recreadas, lo que conduce a una perpetuación del personal mundo lírico de Joaquín Brotóns.

El goce carnal, el cuerpo vivido y amado en su más inmediata materialidad, la vibración hedonista que le lleva al disfrute del efímero presente, el ardiente vitalismo que le arrastra al paladeo del instante, tienen como contrapunto un acento de desolada tristeza. Al temporalizar las vivencias amorosas, que son contempladas como pasado, el verso adquiere un cierto sabor elegíaco. La felicidad gozada se transforma en mera materia recordable, mientras que en el presente del poeta reaparece el gran motivo recurrente de su lírica: la soledad. Desde la soledad presente, o tal vez incluso desde la desolación, la intensidad de lo vivido y de lo recordado se nos muestra aún más emotiva:

"Hoy, desde mi soledad,
te recuerdo,
evoco con nostalgia
aquellas cálidas noches de estío
compartidas en gozosa camaradería."

Si la poesía de J. Brotóns nace por una exclusiva motivación vivencial y no por imperativos de la voluntad, y teniendo en cuenta que el amor es uno de los grandes motores de su poesía, es comprensible que en los últimos años, a partir sobre todo de su decepción amorosa, el poeta apenas haya escrito algún que otro poema esporádico. Tenemos constancia de que tres de ellos han sido publicados en "El Cardo de Bronce", con sendas dedicatorias a Leopoldo Lozano, Tomás Casero y Valentín Arteaga. Y tenemos igualmente constancia de que el último poema escrito hasta la fecha permanece inédito y viene a cerrar la trayectoria lírica de Joaquín Brotóns con un colofón sombrío e inquietante. Se trata de un poema autodedicado donde el poeta se contempla a sí mismo en el espejo del desengaño, y donde reflexiona sobre el sinsentido de una vida, la suya, que ha sido despojada de su más valiosa razón de ser: El amor. Un poema afortunadamente no profético, donde Joaquín Brotóns se asoma a los siniestros ventanales del suicidio como única solución liberadora:

"Acepta el fracaso de tu vida,
la soledad a la que estás condenado.
Y en la larga y oscura
noche de insomnio,
cuando la idea del suicidio
tortura tu mente,
decídetete,
da el paso final:
Vida sin amor
no es digna de ser vivida."

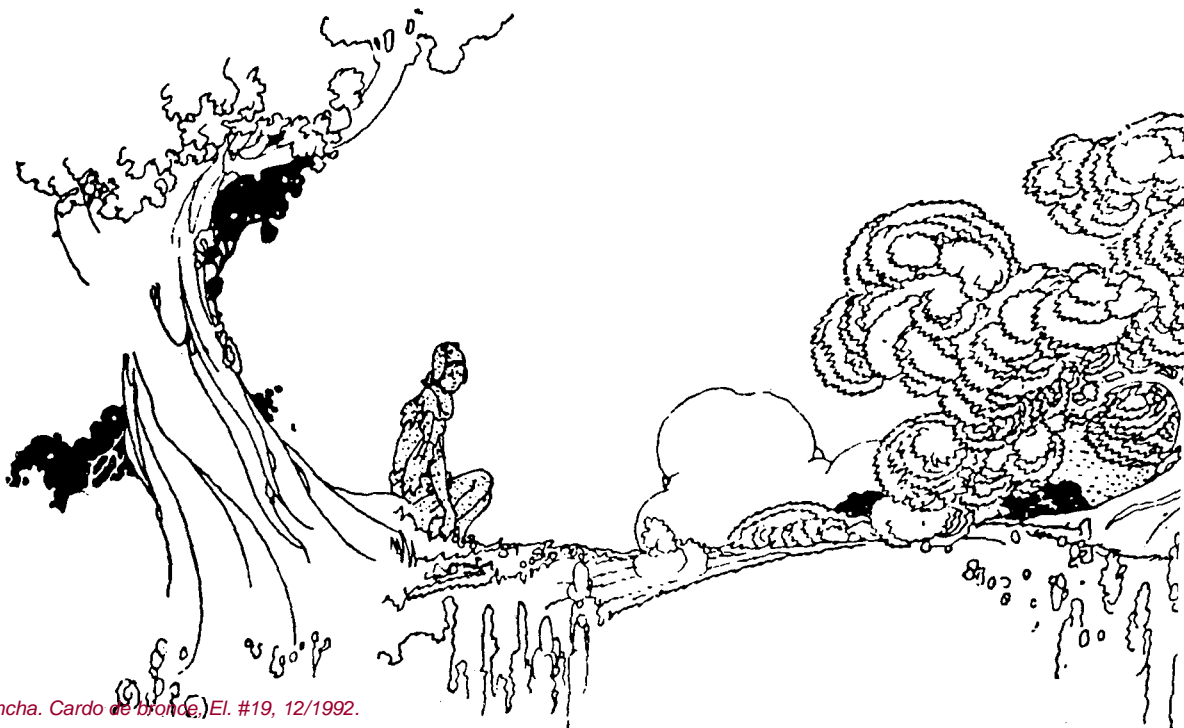
Joaquín Brotóns, un centauro de ojos fenicios y mirada griega, que ha sabido transformar su vida, su amor, en palabra amorosa

y solitaria. Un poeta marcado por el signo del fuego, por el signo del deseo y la pasión, y ungido finalmente por la ceniza fría del desencanto. Fuego y ceniza, amor y desamor, creación y destrucción, polos distintos, pero complementarios, de una misma verdad: la verdad de una vida transformada definitivamente en escritura...

Pedro A. GONZALEZ MORENO

Bibliografía

- (1) L. de Cañigral, en el prólogo a "La desnudez de los dioses", Ciudad Real, BAM. 1985.
- (2) J. M^a. Barraojón, en el estudio "La trayectoria poética de Joaquín Brotóns", publicado en "El Cardo de Bronce" núm. 14.
- (3) P.A. Beño, en revista "El Cardo de Bronce" núm 14.
- (4) F.Mena Cantero, revista "Manxa", núm. 33.
- (5) R. Carbonell, "La poesía y el teatro de los siglos XIX y XX", en "El Arte y la cultura de la provincia de C. Real", BAM. 1985.
- (6) M. Peñasco, "1978: Un año clave en la poesía de Joaquín Brotóns", "El Cardo de Bronce", núm. 14
- (7) A. González-Guerrero, en "Canfali", Valdepeñas, 1-IX-1989.
- (8) J. López Martínez, "La Estafeta Literaria", núm 631.
- (9) L. de Cañigral, en el prólogo a la obra citada.



POEMAS

LA ROSA EN EL DINTEL

(Premio de Poesía "José Antonio Torres" 1992)

"el lenguaje de la vida no tiene aderezo alguno"

"Desnuda es la palabra de la muerte"

(Oscar Wladislas de Lubicz Milosz)

I

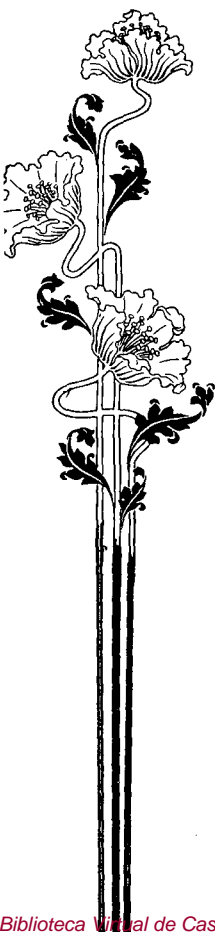
Llueve sobre el mar.

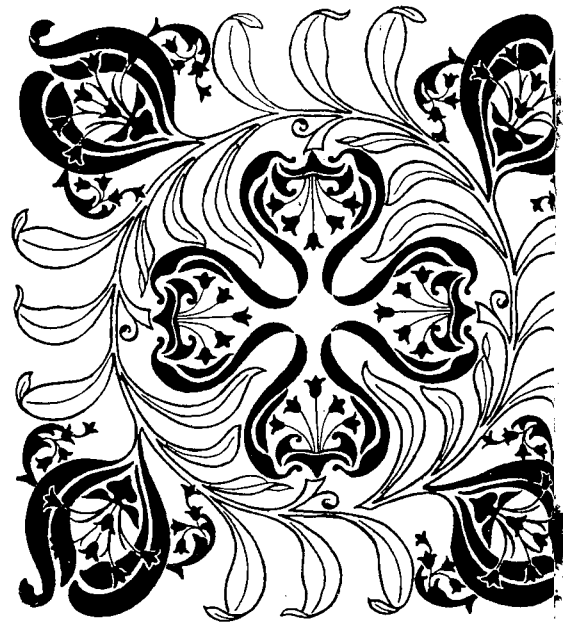
Nada pronuncies ahora que antes no se haya expresado
forzando a la materia como a un arbusto de rosas.

Tantas veces juzgamos nuestro papel
el tesoro más próximo a nosotros
que el pájaro canta distraído en una pausa nuestra
y el veneno se diluye en el azul del mar que contemplamos.
Y tantas veces fuimos santos, criminales, reyes o mendigos
que el alma del agua

se transforma en rosa a nuestros ojos,
y su perfume es tan intenso
que la carne enamorada
regresa de la tumba
para aspirar su aroma.

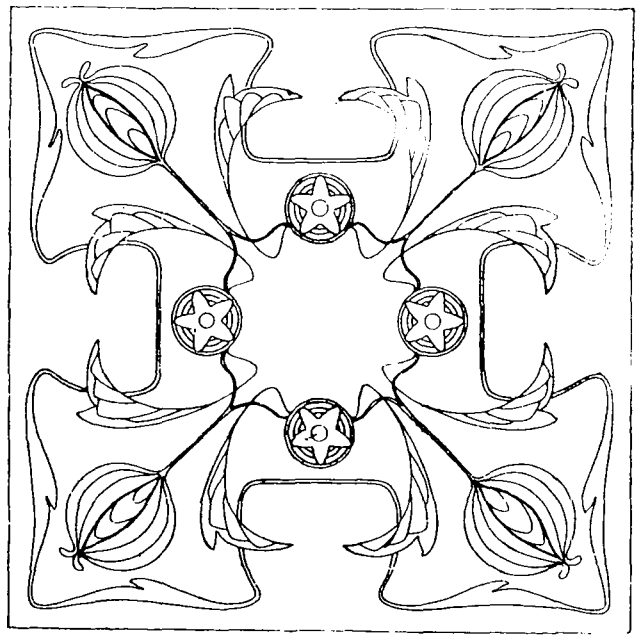
La carroña recibe nuevamente la luz
con torpes pasos en el umbral del tiempo,
pero su camino y su cansancio son infinitos.
Y al exigir tributo de los pechos más jóvenes
su hedor se confunde
con la embriaguez que produce la rosa.





II

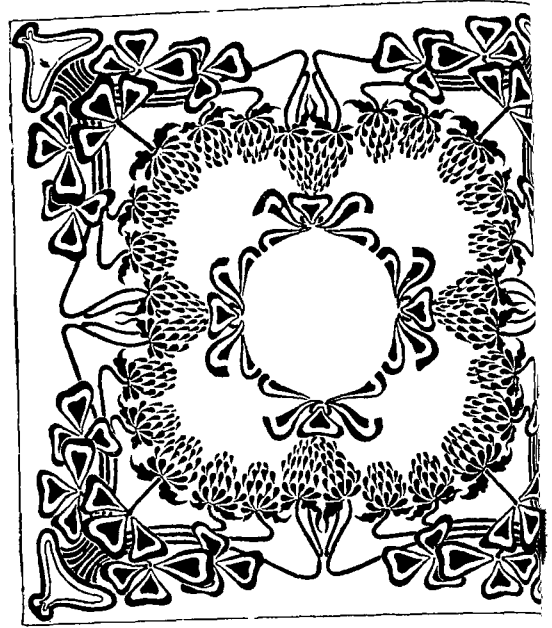
Crece en nosotros la ley
pero nuestro pensamiento
se mantiene en guardia contra nosotros.
Es una piedra de afilar
rozando siempre el metal del deseo,
desgastándolo,
hasta que el universo de nuestra existencia sangra
desde el mango de este instrumento que no existe.
Con él vamos segando la muerte
de entre los cabellos de la infancia,
pero los cabellos de la infancia crecen,
se convierten en lino
y el lino madura en el corazón de los muertos.
Las semillas de lino ofrecen agua de bendición para nosotros,
pues agua sobre agua es lo que contienen, humedad de la
tumba y llanto de los muertos,
eco regresando a la garganta que emitió el sonido
hace ya tanto tiempo
que garganta y sonido son ahora de piedra.
Y el eco vuelve a golpear contra ellos,
se desliza de nuevo por el espacio
como un guijarro sobre la superficie en calma del mar,
pero no podemos oírlo,
los muertos gozan de este privilegio.
Tal vez nosotros, asomándonos al borde de un pozo.
Pero con frecuencia es demasiado tarde,
el pozo se transforma en jardín
y en el jardín alguien semejante a nosotros
contempla una puerta
en cuyo dintel
la imagen tallada de una rosa se destaca.



III

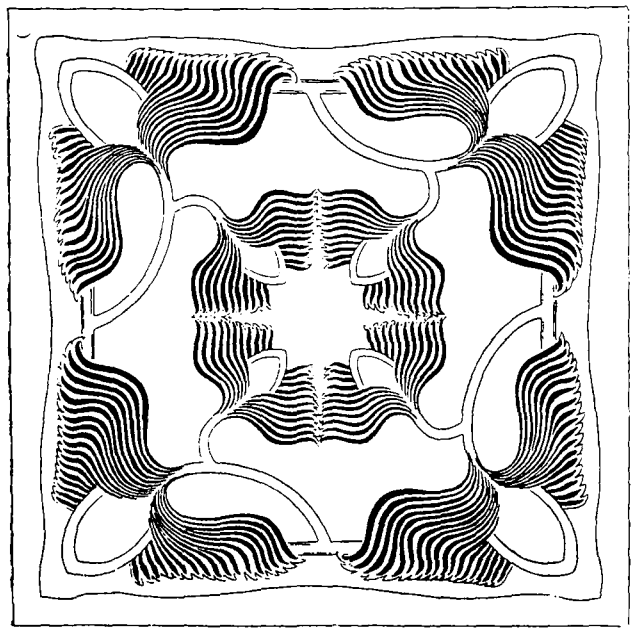
Lueve.

Un ladrón se interna en el jardín
para robar su propia alma.
Todo milagro exige
una brillantez inmediata,
una brillantez de hojas bajo el sol
y de piel entre luces y entre sombras,
y el éxtasis provocado por la yedra que trepa
sobre las columnas que sostienen
el dintel tallado con la rosa.
No mires hacia atrás,
al reloj de sol que existe en el jardín
lo oculta tu propia sombra.
No son números, son las propias letras de tu nombre
las que indican la hora sobre su esfera.
Tienes los pies húmedos,
el agua ha rebasado la taza de la fuente y llega hasta tí,
es una serpiente líquida
que allí por donde pasa
oculta los signos de tu fuego,
mientras, va dejando su cuerpo consumirse
por amor hacia tí.
Bebe de este agua,
bebe como solía hacerlo el animal que hace tiempo olvidaste;
es la mayor sorpresa que te aguarda
antes de que se abran las puertas que conoces.
Cuando atraveses el umbral de la rosa
el agua que has bebido apagará el fuego de su tallo,
y la llave te será entregada
junto con la fragancia que creías perdida.



IV

La curvatura sacrifica su belleza.
Mientras permanece aguardando en el dique,
no lamenta la nave su equilibrio
y, si el hombre escribe con renglones torcidos,
Dios dispone en ellos su carnada
y los arroja al fondo de las aguas.
Allí continua la partida
y no hay vencedores ni vencidos,
sólo un vértigo solitario estremece las rosas,
sus pétalos vuelan como naipes de una baraja
y en su vuelo deciden su final
y el principio nuestro.
Pues de cada pétalo un alma se alimenta,
como de cada palabra noble, una promesa de amor.
Y no hay estación de término,
únicamente las letras grabadas sobre la esfera cambian,
pero la esfera pertenece a un orden inmutable.

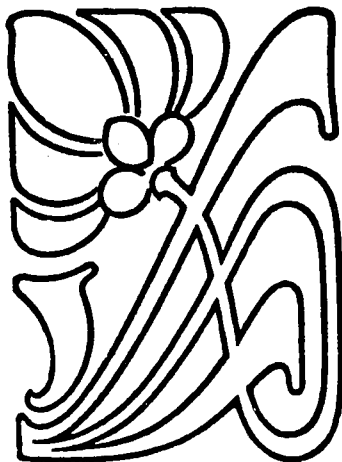


V

Llueve sobre el jardín efímero del mundo,
y llueve también sobre el corazón eterno de la rosa.

José Carlos COMITRE HERRERA

CREI en la luz que me alumbra
aunque la oscuridad me azota.
Oigo una voz que me guía
aquí en la hosca tierra
vendrá a llevarme un día
o en una noche sin alba.
Llegará el esplendor dorado
que se posa entre mis sueños.
Cayó el dolor con espinar
de las ramas con sus rosas
cortadas del jardín con aguas
para regar tanta sequera.
Pronto inundaba mi vida
cuando otra vez la sequía.



Carmen CONDE
(de la Real Academia)

MADRE

I

Castilla está en su voz,
en el ala y perfil de su palabra,
en el surco más hondo de su carne.
El ancho cielo azul sin aledaños,
el susurro del olmo cisterciense,
el ascua de la luz terca y serena,
la austera tierra ocre,
despunta por los poros de su sangre,
desde que el sol cegó su luz primera.
Todo el mar de Castilla, ola por ola,
se alarga, asoma y late,
como una hermosa sombra inextinguible,
por su pulso y sus ojos.

II

Los ojos de mi madre son la fresca memoria
de la vieja Castilla.
Trigales encendidos, viñedos silenciosos,
surcos largos que besan los labios de los cielos,
álamos que contemplan su estatura en el río,
la soledad poblada de aromas naturales,
la música entrañable
del campo, por sus ojos
a cada instante brotan. Castilla viva vive
en la flor de sus labios, prendida en la solapa
del corazón, sonora
en sus dulces vidrieras.

Lázaro DOMINGUEZ GALLEGO



INTÁCTIL PRESENCIA

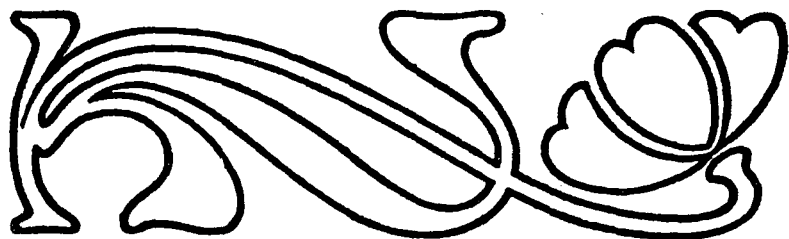
Pura gracia, la gracia de un amigo
que siempre Dios cercano me visita
con soledad sonora; que me invita
a confiarme en El y en El conmigo.

Las horas me transcurren al postigo
de quien amante esquivo me gravita,
enajena la mente, me levita;
la tierra pasa a ser mudo testigo.

Mirándonos los ojos fijamente,
descubrimos tristezas, sinsabores;
la vida no es orgía más que cruz.

Más a veces ocurre de repente
que vienen a cantarnos sus amores
amantes en las sombras, no a la luz.

Pedro HERNANDEZ PUERTO



NOCHE DE AMOR Y ESTRELLAS EN PORTICATE

A los amigos de El Burgo

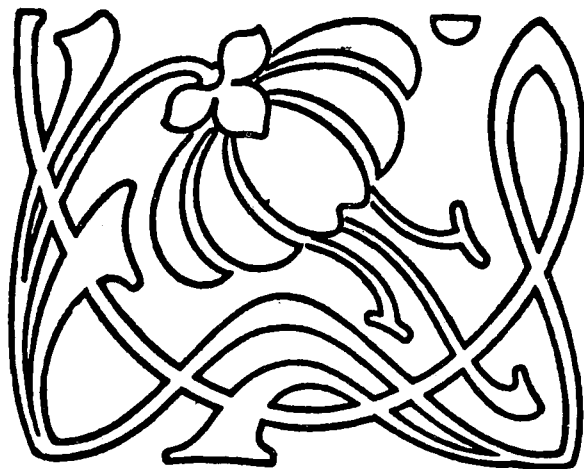
Noche de amor y estrellas. La montaña tiritita.
Tú te llamas David. Yo Muerte solamente.
Qué tiernas son las ojas rozándote la frente:
veleta junto al agua temporal de la ermita.

No recuerdo más tardes cuando el deseo invita
a desnudar tu mundo tan deliciosamente,
bebérselo de pronto, como si de una fuente
mi propia imagen fuera, memorable y marchita.

Noche de amor y estrellas y cerveza y guitarra,
al rescoldo del fuego mientras la breve garra
de lo oscuro me apresura llevándome a tu lado.

Trece amigos y tú, trece y febrero a nado.
Piensa en mí cuando sufras, dice. (El ágil invierno
te lleva el corazón melancólico y tierno.)

Rafael INGLADA



VIEJOS

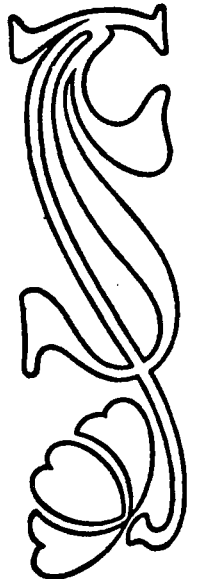
El reloj salpicado de ceniza,
los muros de la patria que es el cuerpo
derruidos y sabios, los viejos se adormecen
bajo el retal de sol que trae la tarde
a los días benignos.

Con la sabiduría
-que otorga más desdén que dignidad-
de haber vivido mucho y tan inútil,
miran al claro cielo,
un círculo siniestro de buitres esperando.

Pero no les importa: solo queda,
y se irá con la muerte,
el bostezo infinito que dejó la costumbre.

Tienen un mirar turbio y no es extraño:
la luz antigua deja telaraña en los ojos.

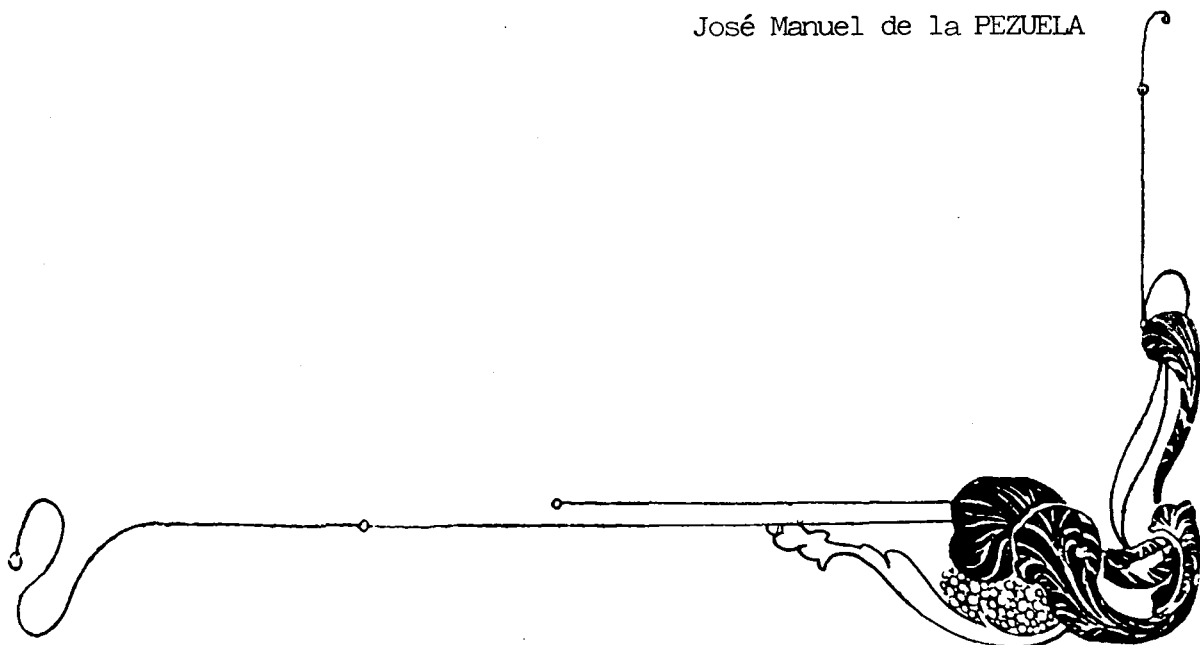
Pedro SEVILLA GOMEZ



CONTRAPUNTO

Buscad el reino de la poesía,
es decir, el misterioso reino de la vida.
De sus paraísos y de sus infiernos
escuchad los sonidos de la tierra
aunque, por irrepetible y único,
todo es inexpresable en palabras
y respuesta en nada encontraréis sino silencio.
Vended enseguida todas vuestras verdades huecas
y las grandes palabras vacías
que otros fariseos
os den por ellas
entregadlas únicamente
a quienes sean solidarios con el sufrimiento.
Expresad, sugiriendo por medios indirectos
-vacilando entre la confusión del sentido
y la verdad del sonido-
lo que es indecible con el verbo:
En la palabra alcanzaréis lo bello y, por añadidura,
al tocar el contrapunto de lo siniestro simultáneo
algo inquietante se os dará que sea cierto.

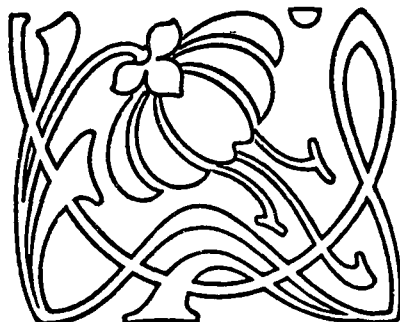
José Manuel de la PEZUELA



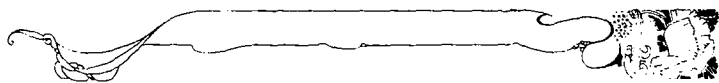
MÁSCARA DE ALACRIDAD, VACIO DEL MUNDO

En los alados volares de la noche:
Tan a menudo vulgares, con tanta
degradación, tanta humanidad alegre
y sin sentido, eras tú (me dije)
lo no tocado, lo incontaminado, la pureza.
Si uno ama la juventud es
porque no está herida (aún no herida),
brilla, fulge, y aboliendo el pasado
cree -sin pretenderlo- en el futuro...
Nos ofrece una copa de agua limpia:
Tu sonrisa. Y proclama el vértigo
hermoso de una falacia: Existen
la pureza, la entrega, la libertad,
el mañana... Hablaba contigo
(en los alados volares de la noche)
para que me dieras algo de todo eso
que tal vez nunca tuve, pero que
estimo tan maravilloso como la euforia...
Y sin embargo (al filo de otro vaso)
salió el tormento impreciso de
un padre muerto, de un amor ya fracasado,
de la amistad que nunca del todo
se entrega. Ví que -pese a la brillante
sonrisa- ya estabas tocado y herido...
Habías empezado a conocer la putrefacción
del mundo. No había pureza o
limpidez en tí. Pero tampoco engaño:
Hubo perfección y quedaba la memoria viva.
Hermoso espectáculo entre tanto vacío,
tanta suciedad, tantos hombres y mujeres
sin alma, de la alta pureza imposible y posible,
en los alados volares de la noche.

Luis Antonio de VILLENA



NARRACIONES



... Y LAS ESTRELLAS HABLARON



Ún no había abierto los ojos, pero sentía que ya no tenía sueño, seguramente sería su hora habitual de despertarse para ir al trabajo. Intentó reconocer, sin abrir los párpados, cual era la procedencia de los diversos sonidos que llegaban hasta sus oídos.

Estaba en un hospital y el murmullo era característico. Entre estos ligeros ruidos destacaba el que hacía su compañero de habitación, Germán, como si estuviera hojeando una revista o libro.

Se olvidó de los sonidos y se puso a repasar mentalmente por qué estaba allí; al recordar el accidente le vinieron a la memoria trozos dispersos de su vida pasada. Quiso poner en orden aquellas escenas fugaces y esto le producía, al mismo tiempo, placer y dolor, aunque día a día ganaba más espacio la autojustificación y se batía en retirada la culpabilidad, con lo cual él se sentía más aliviado.

Un día más comenzó su autoterapia.

Si había enfermos a quienes los médicos llamaban drogodependientes, él se podía considerar un horóscopodependiente, ya que esta adicción había llegado a ser superior a sus fuerzas.

El inicio de su pasión por la astrología estaba localizado en el comienzo de su despertar a la vida. ¿Trece, catorce años? No recordaba con exactitud, aunque sí el lugar y las circunstancias.

Fué a raíz de haberse inaugurado la biblioteca de su pueblo, con autoridades y banda de música. Un día, acompañando a sus amigos, recorría con la vista las estanterías llenas de libros. Hubo uno que le llamó la atención, se titulaba: "El horóscopo y su destino".

El motivo de que le hubiera prestado atención a ese libro y no a otro, era que hacía poco tiempo, en las charlas cuaresmales, a las cuales había asistido por estar a bien con su profesor, oyó decir al párroco, más o menos lo siguiente: Cuidado con confiar en los profetas modernos, que con sus oráculos basados en la astrología y otras pseudociencias, coartan la libertad individual que Dios os ha dado y os podeis condenar para siempre."

El entonces no quería condenarse, ni ahora creía que alguien pudiera llegar a esa situación en el otro mundo -si es que existía-, pero la curiosidad juvenil fué mayor que su temor y cuando pasó cierto tiempo, leyó aquel libro.

Puso afán e interés y pronto se le quedaron retenidos los rasgos generales de cada uno de los signos, sobre todo los correspondientes a personas a las que amaba u odiaba. Ciertamente es que había muchas cosas que él, entonces, no entendía: trígonos, ascendentes, casas astrológicas, etc., pero esto en aquel tiempo no le importaba mucho.

Cuando tuvo unos ahorrillos compró varios libros sobre astrología. No hubo ningún problema por parte de sus padres, ya que nunca se preocuparon mucho de los libros que compraba.

Pasó el tiempo y, un día de verano, abordó a Francisco, seminarista que había ido al pueblo por vacaciones. Se había enterado de que a Francisco le gustaba observar las estrellas -y suponía que también le gustaban los horóscopos- porque su padre, católico viejo, estaba muy disgustado con esta actitud de su hijo y había comentado el tema con algunos parientes, entre éstos estaban los padres de Rafael, su mejor amigo.

A Francisco le recordaba como alguien que se había alegrado de encontrar a otra persona de su edad, y con la misma afición, aunque con diversos objetivos, según reconocía ahora, ya que al seminarista le gustaba confeccionar cartas astrales.

Francisco le habló de babilonios y zigurats, de los secretos de las pirámides, incluso de los Reyes Magos que, según él, no eran tales reyes, sino astrólogos que conocían el futuro y los grandes acontecimientos venideros. Él había oído hablar de todo eso en el cole, sin prestar demasiada atención, pero Francisco lo contaba de un modo tan apasionante que le fascinaba.

Un día, el seminarista le propuso salir por la noche a observar las estrellas, él aceptó pensando que le ayudaría a entender mejor aquellos libros que se había comprado. Francisco tomaba notas con nombres raros y él observaba, aunque no veía gran cosa.

Intensificó las relaciones con Francisco, en detrimento de las que mantenía con su pandilla habitual, pero no cortó del todo con ellos, puesto que le interesaba estar a bien con Victoria, de la que estaba enamorado. Quiso saber cómo irían en el futuro sus relaciones con ella y le pidió a Francisco una revista "seria" sobre astrología, ya que las que él leía, la mayoría de las veces, hacían pronósticos contradictorios, aunque -ahora se sonreía- él siempre se quedaba con el que más le favorecía.

Francisco, pronto le suministró la revista. Estaba editada en Méjico -¿Por qué se acordaba de este detalle?- y, al principio, le fué muy bien. Con Victoria iba todo viento en popa. No obstante, la bonanza en las relaciones no duró mucho. Un horóscopo de aquella revista le había predicho que "su mejor amigo le podía jugar una mala pasada en un asunto de faldas".

A partir de aquel día comenzó a recelar de sus posibles contrincantes dentro de la pandilla. Menudearon las discusiones con Victoria, motivadas por los celos -ahora reconocía que infundados- que él tenía de Rafael. Victoria, enfadada por estos inmotivados celos, empezó a salir con su mejor amigo, con lo cual sus sospechas se confirmaron -qué imbecil era, pensó-.

Recordaba cómo se había buscado otros amigos y sólo veía a Rafael y Victoria de lejos. Pronto cortó con Francisco y su revista, porque las salidas nocturnas le aburrían y además estaba rabioso por haber perdido a Victoria. ¡Qué días más malos había pasado entonces!

Después vino el traslado con su familia a Madrid, su padre había sido ascendido en el banco. El inicio de la nueva vida en la capital de España fué difícil. Estaba desorientado, sin horóscopos fiables y sin amigos.

Como no podía olvidar a Victoria, cuando volvió al pueblo, en vacaciones, lo primero que hizo fue buscarla en su domicilio, le pediría perdón y le daría todas las explicaciones que fuesen necesarias, pensó, pero su casa estaba cerrada. Fue a ver a Rafael y éste, después de un breve titubeo, le dijo que Victoria ya no vivía en el pueblo, había emigrado también con su familia a una ciudad del norte, y que sus relaciones con él duraron unos pocos meses. Victoria sólo le quería a él. También le dijo que Francisco había sido expulsado del Seminario, por su "falta de vocación y su diabólica afición", en palabras del director.

Al recordar esta conversación con Rafael los ojos se le nublaban y en la boca sentía como un sabor amargo, pero se sobrepuso pues debía continuar su autoterapia.

Ya de regreso a Madrid, después de unas vacaciones en el pueblo bastante aburridas, se prometió a sí mismo no leer más horóscopos y así estuvo una larga temporada. Se inició nuevamente en el tema cuando, con dieciocho años, buscaba trabajo y no encontraba, las discusiones generacionales aumentaban, sobre todo con su padre, y su situación sentimental no se estabilizaba, pues las chicas con las cuales salía no acababan de gustarle. Suerte que ya tenía nuevos amigos.

Esto de las chicas era curioso, pensó, ya que, si repasaba mentalmente las caras de cada una de ellas, se parecían un poco a Victoria; las copias las comparaba con el original -se sonrió-, y siempre salían perdiendo las primeras.

En cuanto a la cuestión económica, origen de gran parte de las discusiones con sus padres, no quería pensar demasiado en ellas, porque si pensaba, sentiría la sensación que siempre le había dominado cuando les pedía dinero, era como si pidiese limosna.

Últimamente esto del dinero lo tenía muy "chungo", había ido varios domingos al canódromo con los amigos e hizo apuestas. Al principio ganó algún dinerillo, después lo perdió todo y, creyendo que podría recuperar lo perdido, pidió dinero prestado a sus amigos, dinero que ya hacía tiempo que le venían pidiendo insistentemente.

Su compañero de habitación le distraía en sus reflexiones porque, de vez en cuando, leía en voz alta, pero él quiso terminar de rememorar su historia, pues, al final, se sentía más aliviado.

¿Qué día era hoy? Ah, ya recordaba, domingo. Era un domingo también cuando tuvo el accidente, sólo habían pasado quince días, pero él tenía la sensación de llevar allí más de dos meses.

Aquel día fué a comprar la revista, de contenido esotérico, que ultimamente compraba -era la tercera o cuarta vez que cambiaba en los dos últimos años-. Volvió a su casa andando. Comenzó a hojear la revista y pronto recaló en la sección donde venía el horóscopo. Decía, aproximadamente, lo siguiente: "Esta semana puede ser decisiva para resolver problemas que, por diversas causas, arrastra sin solucionar desde hace tiempo"... -recordaba la alegría que sintió al leer aquellas líneas- "...en el plano económico estos asuntos pueden recibir una solución rápida, original y eficaz..." -al parecer se puso a cruzar una calle con tráfico denso-, "...en el aspecto social y familiar se encontrará rodeado de personas que le quieren y recibirá muestras de afecto por parte de ellos..." -debía estar muy ensimismado para no percatarse de que estaba cruzando aquella calle tan peligrosa-, "...cuide su salud y evite situaciones de peligro...". Acababa de leer esta frase cuando levantó la cabeza y miró a su izquierda porque oía pitidos y el ruido de un turismo que se aproximaba. Quiso esquivarlo, el conductor también hizo una maniobra evasiva, pero ambos titubeos tuvieron una fatal coincidencia en el espacio, recibió un gran golpe en la cadera y fue despedido como un pelele. Al caer se dió un golpe en la cabeza y quedó semiinconsciente.

El montón de caras que le miraban desde arriba le pareció entonces, y ahora le seguía pareciendo, algo grotesco. Oyó decir que estaba grave y se asustó; eso significaba que podía morir y él no se encontraba tan mal como para eso, sólo el dolor de cabeza le preocupaba un poco. No tenía ningunas ganas de morir, además ahora que todo se le planteaba tan bien, según el horóscopo...

Ahora se sonreía de las conclusiones a que llegó entonces, cuando su deteriorado cerebro intentó descifrar las predicciones que había leído. ¡Maldito horóscopo! La última frase tendría que haber estado al principio, así él habría tomado las necesarias precauciones.

Si se moría, evidentemente, todos sus problemas quedaban resueltos (?), pero aquella masa amorfa que le miraba no era "estar rodeado de personas que le quieren". Al poco de pensar esto vió las caras de sus padres. Hasta su padre lloraba. Esto le reconfortó, pues se sentía querido. Recordaba cómo este sentimiento de saberse estimado le había hecho desaparecer gran parte del miedo ante la posible muerte, y cómo en aquellos momentos y, sin saber por qué, se acordó de Victoria y de Rafael, después debió perder el conocimiento porque ya no recordaba nada más.

Ahora también se acordaba de ambos, ¿qué sería de ellos? Volvió a maldecir los horóscopos y a su inventor o inventores -que no lo sabía-, pero ¿de quién era verdaderamente la culpa? Le daba miedo contestarse a esa pregunta; quizá él fuera débil de carácter, el caso es que ya nada tenía importancia, él al menos no quería dársela desde que se despertó en el hospital y tomó la determinación de rehacer su vida, esta vez sin las "muletas" que hasta entonces habían condicionado su camino.

Esta determinación, que se hacía cada vez que recordaba el final de su historia, le hacía sentirse más seguro y firme en su decisión.

Abrió los ojos y vió a Germán con sus radiantes quince años que se recuperaba de un accidente que había tenido con su ciclomotor. Este leía una revista intrascendente. Observó que hacía tiempo que había amanecido.

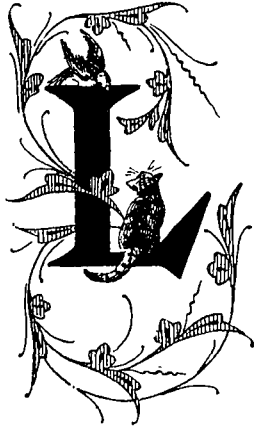
Al cabo de un rato llegó una enfermera con dos termómetros para tomarles la temperatura.

Oye, Anselmo, ¿qué signo eres?, le dijo Germán, apartando sus ojos de la revista que estaba leyendo. Estuvo a punto de claudicar, ante lo inesperado de la pregunta, pero se contuvo y le contestó: No lo sé. Se alegró de no habérselo dicho y Germán continuó: Estoy leyendo mi horóscopo. Es muy divertido esto de que te digan lo que te va a ocurrir ¿no crees? Anselmo no contestó. Seguía pensando en la decisión que había tomado y en que dentro de unos minutos vendría la enfermera a recoger los termómetros. Se puso a recordar sus rasgos y vio que tenía un gran parecido con Victoria. Se sonrió.

Eugenio ARCE LÉRIDA



MANOLO



Los tigres estaban escondidos debajo de la almohada y la paz parecía completa y definitiva, cuando un ruido confuso y chirriante se clavó cruelmente en su cerebro. Buceó a tientas por la inconsciencia hasta emerger en la superficie de la realidad; luego, braceó torpe, a tientas, hacia la mesita de noche para tratar de atrapar el despertador. Eran las seis de la mañana (¿tan tarde? ¿tan temprano?) La desagradable vigilia, no elegida libremente, presto la cercioró que el estruendo que la podía haber despertado no era otro que el producido por la loza y el cristal al quebrarse en el suelo ("Dios, ha derribado la mesa con todo lo que tenía sobre el mantel"), y se arrepintió de no haberla quitado la noche anterior, a causa de su casi congénita pereza nocturna que la sometía a dejar siempre los platos sucios en la mesa hasta la mañana siguiente por no tomarse siquiera la molestia de llevarlos al fregadero, cosa que, tuvo que reconocer, le sucedía también a bastante gente.

- ¿Eres tú, Manolo? (¿A qué esa manía de no querer encender la luz cuando regresaba a casa? No, no lo hacía con la finalidad de no despertarla, más bien -!solía regresar tan tarde!- para que ella no advirtiera su retraso.)

Manolo respondió con un gruñido afirmativo, y Angela, entonces, decidió levantarse de la cama, dirigirse a la sala y pulsar el interruptor de la luz. No supo discernir lo que la sorprendió más, si los restos de su hermosa vajilla -destrozada por el suelo, más la de cuatro estupendos vasos y su jarra favorita ("Mañana tendré que comprar al menos media docena de platos de diversos tamaños")- o el extraño aspecto que presentaba el autor del desaguisado: ojos sobresaltados, enrojecidos y beódicos, actitud vacilante del que no es dueño de sus reflejos y, sobre todo, ese horroroso aspecto que producía con sus ropas húmedas y sus cabellos mojados.

Le hubiese preguntado: ¿cómo es que vienes tan tarde?, aunque su retraso fuese cosa habitual y no constituyera ninguna novedad; pero lo inmediato, lo urgente, era indagarle:

- ¡Por Dios, Manolo! ¿Qué es lo que te ha pasado? ¿Cómo es que vienes así?

"Sé que no vas a querer comprender esta nueva relación mía. Tu espíritu crítico, realista y un tanto puritano, te ciega muchas veces, amiga mía. Sé que no es normal a los ojos de los que carecen de esa brizna de locura a la que debemos acogernos desesperadamente para que nos libre de la necesidad, que una mujer de mi edad viva con un chico tan joven; un chico que es, al mismo tiempo, un pequeño golfo. Lo he conocido en la calle, no tiene sentido de la ética convencional; es sorprendente y paradójico, aunque tierno y natural, primitivo y puro como un niño ¡Está tan necesitado de cariño!"

Le hubiese abofeteado a gusto por acudir tan tarde, por pasarse toda la noche sepa Dios dónde, mientras ella se consumía de zozobra y soledad (¿Acaso no estás ya acostumbrada en los seis meses que lleva viviendo contigo? ¿No es más cierto que prefieres, no por el qué dirán, sino porque goce libremente de su libertad que salga solo por las noches para frecuentar esos ambientes juveniles que le gustan tanto? ¿Vas a negar que prefieres que él se evada durante unas horas para tú poder quedarte sola en casa y descansar? ¿No eres consciente, y hasta te has hecho a esa idea ya, que para retenerlo es preciso que disponga de un respiro de libertad? ¿Serías capaz de acompañarle en sus correrías nocturnas? ¿No es evidente que cuando él decide salir, tu te encuentras demasiado cansada después de una larga jornada de intenso trabajo? ¿Vas a querer ignorar que él está incapacitado para dormir por las noches y para evitar nerviosismo, vídeo encendido hasta la madrugada y rasgueo de guitarra que impedirían conciliar el sueño, tanto a tí como a tu vecindario, prefieres darle unos billetes y consentir que se vaya a vivir su noche?)

- ¡Por Dios, Manolo! ¿Qué es lo que te ha pasado? ¿Cómo es que vienes así?

Antes que él respondiera a su pregunta y disipase de alguna manera su asombro, realizó un súbito pero concienzudo reconocimiento por todas las partes visibles de la piel del muchacho por ver si descubría alguna violencia. Pero, nada descubrió, sólo que estaba mojado, tremendamente mojado.

- No me pasa nada, no me pasa nada; simplemente estoy mojado.

Y sonrió, sonrió con aquel encanto entre ingenuo y travieso, habitual en él, haciendo destellar su dentadura, distendiendo los labios hasta convertirlos en un dibujo perfecto, subrayando los dos hoyuelos de sus mejillas, mientras Angela descubría que sus ojos eran como dos hermosas esmeraldas agazapadas debajo de dos pestañas oscuras y rotundas.

Querida Angela:

Con mis apreciaciones y consejos sobre tu nuevo amigo, solamente trato de prevenirte. ¡Eres tan irresponsable! ¡Eres tan ingenua! Ese muchacho tan ideal sólo trata de aprovecharse de tí, y por mucho que lo intentes no conseguirás como tú dices "convertirlo en hombre de bien, sensible y honesto". Yo no me invento

nada, tu misma en tus cartas, me has hablado de sus orígenes; de la forma como se buscaba la vida antes de conocerte. Por tí sé que ha estado varias veces en la cárcel y que en la actualidad está pendiente de un juicio por un atraco a mano armada a un banco de Valencia. Sí, sí ya sé que dices, que él dice, que es inocente, que le drogaron, que le obligaron a participar en el delito sin él querer, pero... ¿y la pistola que portaba cuando le detuvieron?

por tu correspondencia sé que intentaste procurarle un empleo de pinche de cocina en un restaurante, que el primer día no acudió al trabajo porque estaba muy cansado y tenía sueño como para levantarse a las ocho de la mañana; que insististe, que, al día siguiente, le acompañaste al trabajo, que inventaste una disculpa, relativa a su retraso a su incorporación, y que una semana más tarde tu protegido abandonó el trabajo porque no quería seguir fregando perolas ni discutiendo con el jefe de cocina.

Por tí sé que a los tres meses de vivir contigo te abandonó, llevándose todo el dinero que en aquel momento tenías en casa -menos mal que era el veintiocho del mes y hasta el treinta y uno no cobras tu paga-, y que tú, no pudiendo vivir sin él, fuiste tan tonta que le buscaste desesperadamente por toda la ciudad, hasta hallarlo, entre los chaperos, haciendo la carrera, en la zona más ambigua y aberrante; ni te importó que te hubiera robado, que te abandonase ni tampoco que prostituyera su cuerpo por dinero y con sujetos de su mismo sexo.

- No me pasa nada, no me pasa nada; simplemente estoy mojado.

- ¿Pero por qué?

- Por qué va a ser, leche, porque me he bañado.

- ¿A estas horas...? ¿Y vestido? ¡Tú estás loco! -quiso indagar más; era tan incomprensible- ¿Es que te has peleado con alguien? Han intentado ahogarte ¿verdad?

El muchacho sin dejar de sonreír trató de caminar por la habitación a duras penas.

- ¿Ahogarme a mí, tía? ¡No alucines! No ha nacido quien me ahogue, te lo juro por mi madre.

Angela comenzó a serenarse más que por las palabras del joven, por la falta de control de sus movimientos: estaba borracho, y en ese estado todo podía ser posible, hasta meterse en el mar.

"Si lo conocieses... ¡es tan encantador! A veces tiene reacciones insólitas que se salen de todo tipo de convencionalismos. Es primitivo como un animal, desconoce los códigos que la sociedad ha impuesto, las armaduras, los corsés... Quizá sea así debido a su raza libre, oscura e imaginativa. Sólo le importa el presente; no acumula experiencias ni rencores, ni se sobresalta por el porvenir; tan sólo le interesa vivir la vida; disfrutar de las cosas sencillas y hermosas. Ignora los preceptos sociales porque desconoce lo que es la hipocresía. No se impone ninguna norma: es descuidado, sucio, imprevisor, incapaz de ayudar en la casa, de poner en orden sus cosas,

de respetar el descanso o la intimidad de los otros; pero, al mismo tiempo, es adorable y tierno, y contemplarle, o escucharle es como asistir a un concierto o llenarse los ojos con la belleza de un paisaje insólito o de una obra de arte".

Lo condujo a la alcoba y lo fue desnudando como a un niño pequeño travieso y mimoso, hasta descubrir el esplendoroso húmedo-oscuró cuerpo siempre nuevo, siempre ensoñado. Se hizo de una toalla y lo fue secando, acariciando, cómo se moldea un sueño. Lo acostó en la cama y, luego, se dirigió a la pequeña cocina a calentar un cazo de leche y preparar un café.

- Pon música, por favor, pero suave. Y enciéndeme un cigarrillo.

Le llevó el desayuno a la cama en una bandeja, puso en tono muy bajo el hilo musical, prendió un pitillo y lanzó la primera bocanada de humo, antes de colocarlo en los labios de Manuel.

- Te voy a contar lo que me ha pasado, verás. La noche estaba muy aburrida. Fui a Eros, me tomé un cubata, pero no encontré a nadie conocido... (En Eros intentó ligar; pero todos los que allí estaban pretendían hacerlo por la cara. Se bebió tres cubatas y alguien le invitó a compartir un porro) Así que decidí darme una vuelta por El Burbujas donde, al menos, la música es acojonante. Allí me encontré con Nacho y con Yogui, pero estaban "pasmaos" los tíos... (No tenían ni un puto gramo, pero le dieron al güisqui y bailaron mientras tanto con tres inglesas bastante cachondas, pero cuando llegó el momento de la verdad de pasta nada. Nacho le propuso que un viejo norteamericano estaba dispuesto a darle cinco mil por hacerle el francés; no estaba para chapas esa noche y hacer el francés le daba por culo, pero no despreció una botella de champaña por parte del pretendiente). Nacho y Yogui no sabían de qué hablar, y aunque me invitaron a una copa de champaña, el aburrimiento se masticaba. (Le cayó mal el champaña y tuvo una bronca con el norteamericano, salieron a la calle y le obligó a que le diese las cinco mil o le amaba un escándalo) Estaba tan aburrido El Burbujas que volví a Eros, el camarero que es un buen chaval, me invitó a un güisqui (No es que sea un buen chaval, es que le gusto y piensa que invitar es la mejor forma de tirarme los tejos) Pero estaba aburrido, muy aburrido, y ¡era tan temprano! ¡Las cuatro de la madrugada!

Angela esbozó un gesto entre asombrado y severo, al que debería acompañar una réplica y una amonestación (¿Le llamas tú temprano a las cuatro de la mañana? ¡Es hora de estar en casa; la mayoría de la gente decente duerme a esas horas!) Pero no le dió tiempo a abrir la boca, se lo impidió la verborrea del muchacho.

- Tu sabes que no puedo conciliar el sueño hasta las cinco o las seis de la mañana; que soy como un animal de costumbres nocturnas; que si me acuesto pronto, todo el miedo y todo el aburrimiento del mundo se meten conmigo en la cama y no dejan de pellizcarme, de arañarme, de torturarme... Así que, como era tan pronto, me fui a la playa a dar un paseo; además, tenía una enorme necesidad de despejarme. Y allí se estaba de a buten, fenomenal, guay. Lo cierto es que me entraron unas ganas terribles de lanzarme al agua, tía, de bañarme. Y me metí en el agua vestido...

Angela sintió que, tampoco esta vez, podía mantener por mucho tiempo su actitud severa y recriminatoria; había vuelto a ser derrotada por la espontaneidad y por los "golpes" de Manolo ("¿cómo puedo ser tan tonta, Dios? Siempre logra convencerme") Pero ¿quien podría resistirse a esos gestos entre pícaros e inocentes, a esos ojos expresivos de niño grande que eran todo un espectáculo escucharles y prestarles atención, a ese manoteo incesante subrayando y enfatizando todos sus gestos, todas sus palabras.

Angela, ya que careces de la cordura más elemental, ya que estás ciega y no hay forma de convencerte, sé precavida al menos; no subas muy alto, pues más grande será la caída; no lo expongas todo por no verte obligada a quedarte sin nada.

Tus deseos redentoristas, tus afanes por educar al buen salvaje, no pasan de ser vanos proyectos irrealizables, cuando no falsos pretextos para justificar tu locura.

Y quiero que una cosa quede bien clara: no es que tenga nada contra su raza, como insinuabas en tu carta; siempre he carecido de prejuicios raciales.

- Fueron unos momentos estupendos. Salté, corrí, me tumbé en la arena... ¡Qué feliz me sentía allí totalmente solo. El mar parecía el escenario gigantesco de un gran teatro que ofrecía su representación para un único espectador: yo. Pero como soy un tipo de impulsos -tú ya me conoces- cuando volví a meterme en el agua por segunda vez me cabréé. Sí, me cabréé porque una ola grande me dió un golpe tremendo e hizo que perdiera pie y que tragase agua. Y ¿sabes lo que yo hice entonces..? Pues que respondí al ataque y me puse a darle puñetazos a las olas. Sí, me peleé con el mar. El creía que me iba a poder, pero... ¡ca! Cuando se lanzaba fuerte hacia mí con sus puños de espuma al ataque, yo me agachaba, le esquivaba el golpe o saltaba. ¡Yo sí que llegué a darle fuerte varias veces! Y es que tenía necesidad de desahogarme con alguien o con algo esta noche ¡Qué pena que no se hubiese convertido en otro tío como yo en aquel momento! Toma, por esta puñetera vida que me ha tocado vivir sin yo haberla elegido! ¡Toma, por esa madre que me abandonó al poco de nacer y que está por ahí de puta no se sabe dónde! ¡Toma, por los tíos y las tías que van detrás de mí buscando solamente aprovecharse de mi cuerpo y luego si te he visto no me acuerdo! ¡Toma, este otro, porque no tengo caballo para picarme esta noche! ¡Y toma por los que negocian con el mono y la necesidad de unos pobres chavales para enriquecerse a su costa! ¡Este por los grises, que no dejan vivir a nadie, y que cuando te enchironan te dan de hostias por cualquier cosa! ¡Este, por lo duro y terrible que es estar vivo para luego acabar en la sepultura como todo el mundo!

Estaba sublime relatando la pelea con tanto ímpetu y ademanes tan pugilísticos y desaforados que más se diría que estuviese viviendo la escena, que no relatándola. Y estaba tan hermoso, semitumbado en la cama, con su pelo moreno y revuelto, y la arena brillando

en su oscura piel, que a Angela se le saltaron las lágrimas. Manolo dedicado ya a su cena-desayuno, confesó:

- La verdad, ¿no sé cómo me ha dado la idiotez de boxear con el mar, ni sé tampoco por qué te lo cuento. -Y mientras decía esto, se chupaba los dedos que habían estado en contacto con la mermelada de la tostada, en un gesto tan poco correcto como encantador.

- Lo que has hecho ha sido un acto poético, irreflexivo y natural, -aclaró ella.

- ¿Y eso que quiere decir, tía? -preguntó el muchacho, observándola con ojos asombrados.

- Mira, es muy fácil de comprender: hay personas que realizan poemas con palabras y otras, como tú, que los realizan con la propia vida.

Manolo sonrió y no dijo nada; pero mientras bebía el café con leche tibio y reconfortante de la taza que antes reposaba en la bandeja de la mesita de noche, pensaba en lo gilipollas que era aquella mujer que se había encaprichado de él. Reconocía que debería estarle agradecido por acogerlo en su casa, por el mimo y la ternura con que le trataba, deferencias que nunca nadie había tenido con él; pero no podía evitar que en muchas ocasiones, aquella mujer tenía unos detalles de mongola y que él lo pasaba fatal al verse obligado a tener que contener la carcajada delante de ella, como en ese mismo momento.

Me digas lo que me digas, querida amiga, nunca me convencerás. Ya lo dijo Pascal: "el corazón tiene razones que la razón no comprende", y yo me he dejado siempre llevar por la ley del sentimiento más que por la de la razón. Necesito amar y vivir al precio que sea; las demás cosas carecen de interés y de sentido. Pero, sobre todo, hay algo que no hubiese podido soportar por más tiempo: la soledad. El me ha librado de ella.

No importa la ceguera, el dolor de la herida jubilosa que el amor siempre nos produce, si alguien llena tu vida, y tus cuartos vacíos, y tus tedios y tus silencios. Sólo hay una existencia, y no intentar atrapar la mariposa del amor cuando, alguna vez, quizá la única o la última, se posa en tu vida, es de irresponsables, de locos, de suicidas.

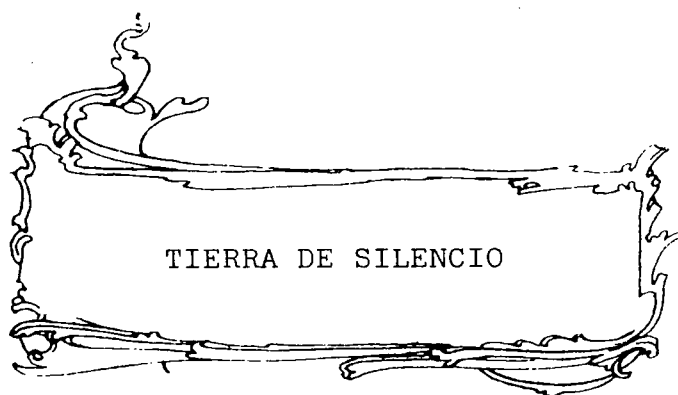


Pascual-Antonio BEÑO



PLIEGO DE POESIA

MANUEL MORENO



"El helado fulgor de las estrellas.
Orgullosa cortejo junto a la luna nueva
Que, alta ya, desdeñosa ilumina
Restos de bestias en medio de un osario.
En la distancia aúllan los chacales."

(Luis Cernuda)



Manuel Moreno, autor de este pliego de poesía, nació en Tomelloso en 1964. Perteneciente al ya desaparecido Grupo Artístico y Literario "Jaraíz", participó en la Primera Muestra de Poesía Ilustrada en 1984. En 1987 se licenció en Filología Clásica por la Universidad Complutense de Madrid. Colaborador habitual de esta revista, ha obtenido los premios de poesía "Ángel López Martínez" en los años 1987 y 1988, y "Valentín Arteaga" en 1987.





91



Francisco Javier Sancho Tomes, autor de los dibujos que ilustran este pliego, nació en Zaragoza en 1962. En 1981 ingresa en la Facultad de Bellas Artes "San Carlos" de Valencia. Participa en diversas exposiciones colectivas en Silla, Algemés y Valencia entre otros lugares. En 1988, comienza el Doctorado en el Departamento de "Teoría e Historia del Arte y Escultura" de la Facultad de Valencia, y surgen nuevas exposiciones en los años 1988, 1989 y 1990, en Zaragoza donde obtiene el 3º. premio de escultura.



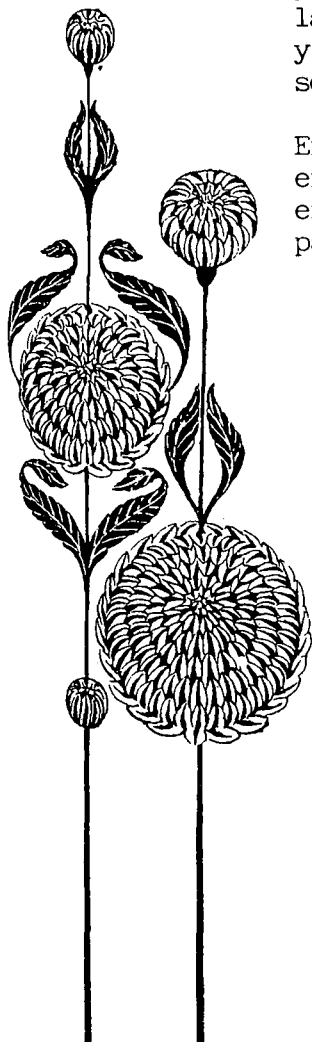


I

Era vuestra la tierra de los trenes cargados de silencio,
de las casas vacías, de los sueños
que nunca coronaron la miseria.

Era vuestra la tierra de los trenes cargados de silencio,
era vuestra la tierra del dolor,
el dolor fecundó a vuestras hembras,
el dolor fue vuestra simiente, vuestra sangre;
eran vuestros los mares que nunca retomaron,
eran vuestros los besos insepultos,
y las manos sedientas de ternura,
las que escarbaban sombras,
y las lágrimas que excavaron
secretos cauces en el alma.

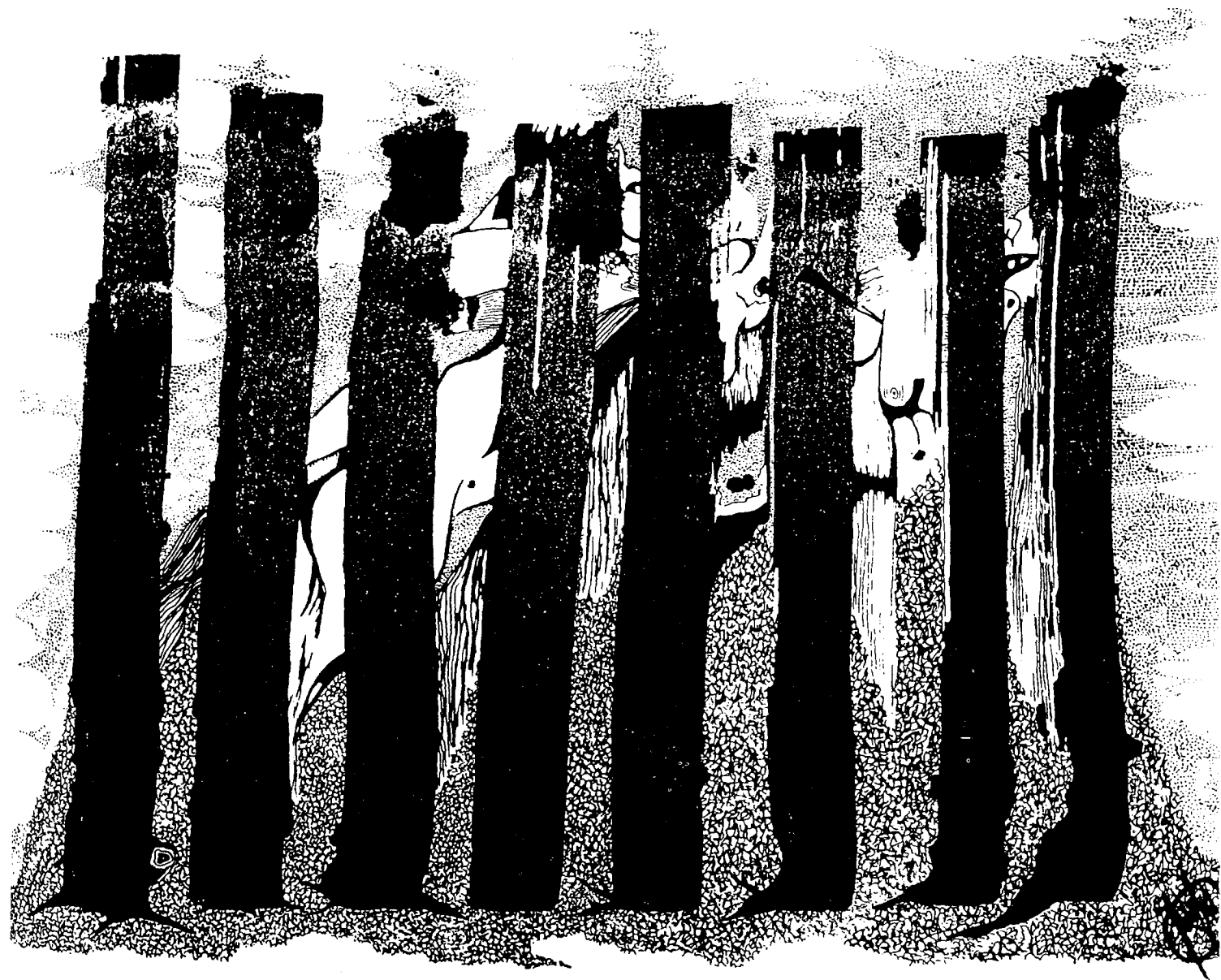
Era vuestra la tierra de los trenes cargados de silencio,
era vuestra la luna que aullaba entre ruinas,
eran vuestras,
pastores de tinieblas y de olvido.



Crece el silencio,
fulgor subterráneo de espumas remotas,
como abismo insondable
en vuestro corazón

Silentes pájaros de sombra
navegan los recuerdos,
y vienen a beber en vuestros ojos
las invisibles venas de la lluvia.

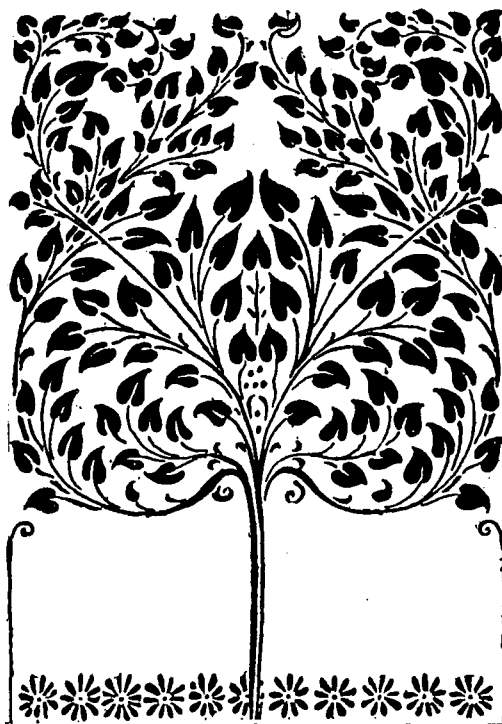




III

Dulcemente mi corazón abarca
los lejanos arpegios de la nieve,
el lento respirar de las espigas,
los sueños enterrados, el espliego,
la lluvia, las raíces,
los astros,
los caminos...

Dulcemente mis manos,
vencidos litorales de ternura,
derraman sus espumas a tus pies.

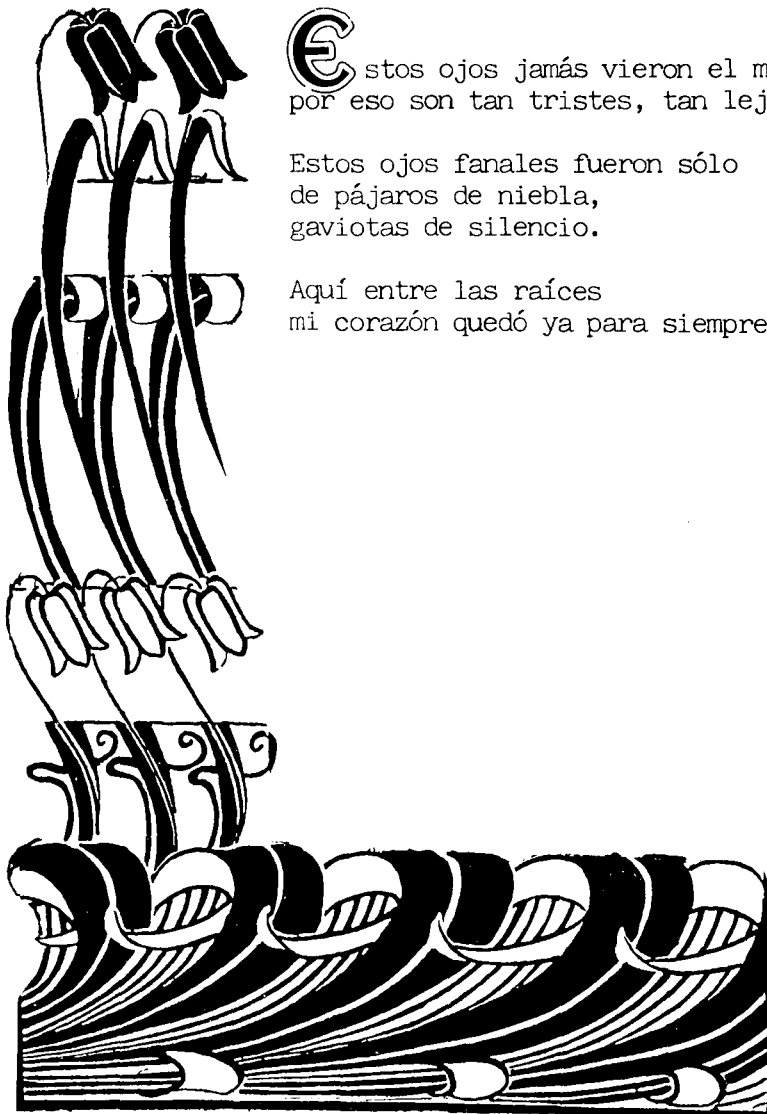


IV

Estos ojos jamás vieron el mar,
por eso son tan tristes, tan lejanos.

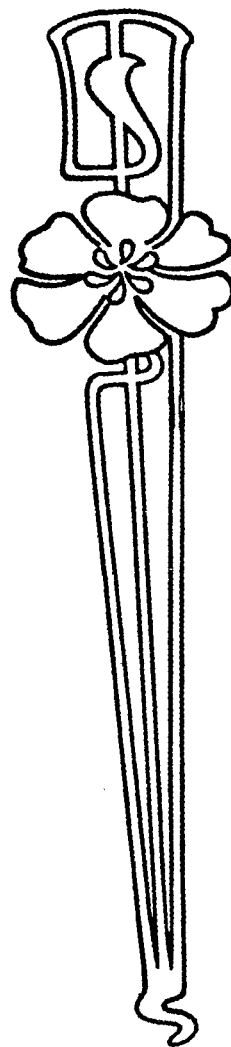
Estos ojos fanales fueron sólo
de pájaros de niebla,
gaviotas de silencio.

Aquí entre las raíces
mi corazón quedó ya para siempre niño.





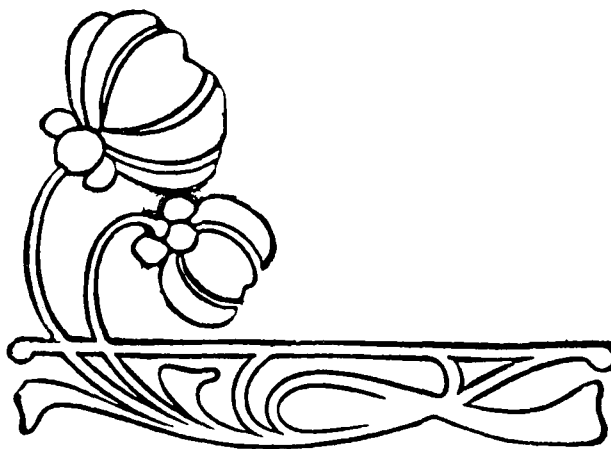
Algún día la lluvia
convertirá en ríos mis caminos,
y en barca tu sepulcro, niña mía.



VI

Todo es ausencia en esta tierra,
el amor y la muerte,
el tiempo, los recuerdos.

En la distancia se oye
el lento paso de los trenes,
oscuros trenes cargados de silencio,
por las calles de cal, por el olvido,
hacia la nada.





VASAR Y

EMPOTRO

EL ALTAR DEL DIOS GEÓMETRA



enjamín Farrington, ideólogo marxista que influyó poderosamente en los teóricos españoles más radicales de la década de los sesenta, afirmaba en un libro anterior, ya clásico -me refiero a "Ciencia y política en el mundo antiguo" que "la aritmética es democrática, la geometría oligarquía, y que Dios prefiere esta última". Y cita el libro VIII de los "Diálogos convivales", de Plutarco, donde se alude una aseveración atribuida a Platón, según la cual "Dios usa siempre la Geometría". Uno de los personajes, Tíndaro, se formula en voz alta la siguiente pregunta: "Debemos suponer que Platón haya querido entender algo más insólito y oscuro que el concepto, por él tantas veces expresado, según el cual la función de la geometría es elevarse de lo sensible y mortal hasta lo inteligible y eterno? El fin de la filosofía -prosigue- es la contemplación de lo eterno, como el fin de la iniciación es la contemplación de los misterios. Debemos recordar -concluye- que, por esta razón, criticó Platón las tentativas de Eudoxo, Arquitas y Menecmo, que trataban de resolver los problemas geométricos con medios instrumentales y mecánicos, ya que estos conducen a las cosas materiales, alejándonos de las formas externas e incorpóreas, que son siempre objeto del pensamiento de Dios, siendo ellas mismas Dios". Finalmente, otro personaje apostilla: "Las matemáticas -dice-, al estar fundamentadas en los números, distribuyen las cosas por igual; la geometría, basada como está en las proporciones, distribuye las cosas según el mérito".

Hasta aquí las ideas que el latinista irlandés atribuye a Platón, para demostrar que la ética, la ciencia y la religión constituyen "el credo" de la oligarquía.

Semejante conclusión ha sido invalidada por la historia, por cuanto la ciencia, elevada a la categoría de religión, ha venido siendo esgrimida como fundamento del ateísmo y sostén indiscutible del socialismo científico, que ha enarbolado, por otra parte, el gallardete de la ética, reputándose dueño de la verdad. Tales maximalismos caen, ahora, como estatuas de pies de barro, aunque algunos prefieran no verlo y sigan aferrados a principios caducos y concepciones estéticas periclitadas, cuya vigencia -a remolque de clientelismos políticos- tiene los días contados.

Porque el dominio de la poesía está inserto en el ámbito de la proporción, sin la cual no resulta posible la armonía ni alcanzar el fin último de aquella: la contemplación intelectual de la zona inefable de la realidad. En este orden de cosas, la poesía tiene mucho en común con la magia y la religión, lo que no tardaron en comprender órficos y pitagóricos, influyendo, posteriormente, en la configuración del pensamiento platónico que, a través de san Agustín,

entre otros, penetra en el medioevo e informa a las corrientes iluministas, quizá las más abiertas y universales de unos siglos cada vez menos oscuros: la cábala judía o el sufismo islámico son, en buena medida, tributarios de las ideas platónicas. Su carácter oligárquico -sin las connotaciones peyorativas que Farrington atribuye a este concepto- parece innegable, por cuanto sólomente unos pocos iniciados tienen acceso al éxtasis. Este, según los místicos, es un don que concede la divinidad a quien le place: No se trata, por tanto, de una simple cuestión cuantitativa, sino, muy al contrario, selectiva; es decir, proporcional, geométrica.

Estas meditaciones parecen encontrarse en los veneros de donde Antonio Enrique bebió la extraña pócima que, bullendo en el alma, le provocó un ensueño misterioso, paseando por la Mezquita de Córdoba, fuente y pretexto de su último libro de poemas: "La Quibla" (Madrid, Devenir, 1991), que acaba de ver la luz.

Si el lector ha seguido el preámbulo, habra advertido ya estamos ante un libro singularísimo, "contribución lírica -según palabras del propio autor- a la identidad misteriosa del dios de nuestros antepasados, indistintamente adorado por cristianos y musulmanes en el templo espiritual español más importante de Occidente". La quibla no es otra cosa que el "sentido de orientación a La Meca, hacia donde deben orar los musulmanes". Desde un punto de vista no confesional se trata, simplemente, de un símbolo del vuelo emprendido por el alma para buscar a Dios. De ahí la convivencia y coincidencia de las dos citas, dispares en su origen, que aparecen al frente. La primera, tomada del Corán, dice: "Los insensatos de entre el pueblo dirán: ¿Qué les ha hecho apartarse de la Quibla que seguían? Diles: A Al-Lah pertenece el Oriente y Occidente. El guía a quienes le place por el camino recto". La segunda, de san Juan de la Cruz, reza así: "De esta manera, por esta teología mística y amor secreto, se va el alma saliendo de todas las cosas y de sí misma, y subiendo a Dios. Porque el amor es semejante al fuego, que siempre sube hacia arriba con apetito de engolfarse en el centro de su esfera". Los paralelismos son asombrosos.

Entre otras, comparte Antonio Enrique las tesis de Ignacio Olagüe, quien piensa que en el núcleo originario de la mezquita cordobesa, la célebre iglesia de S. Vicente, los arrianos adoraron a un dios innominado e irrepresentable, que luego entroncaría con la concepción teológica del Islam, cuyas primeras noticias de esta religión y del propio profeta Mahoma las hallaría Eulogio de Córdoba, ya en el siglo IX, en unos manuscritos de la biblioteca de Santa María de Leire (Navarra): La hipótesis de un sincretismo religioso entre los credos arriano y musulmán explicaría, entre otras muchas cosas, el que la Mezquita, en sus orígenes -siempre según la opinión sustentada por Antonio Enrique-, no tuviese ni altar ni mihrab, sino tan sólo un bosque de columnas, una abstracción del mundo (sólo reductible a números, según el pensamiento de los cabalistas), con lo que Dios se convierte en Geometría.

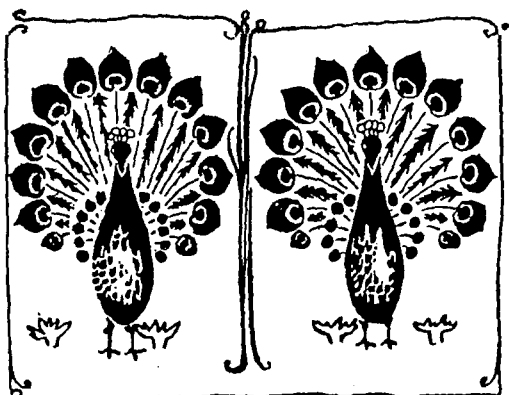
Y el libro se articula desde esta perspectiva. El autor, experto conocedor de la Kábala, emprende un viaje por la historia, es decir, por la vida y el tiempo, para encontrar a Dios, pues no otro es -repito- el sentido del concepto de Quibla. Un viaje a través de diecinueve poemas numerados, cifra nada redonda, a no ser que, sumando sus dígitos, advirtamos que las sucesivas operaciones arrojan como resultado uno, guarismo que representa a Dios, en tanto que inefable ("dios sin nombre ni forma, dios desconocido, / dios uno que ni engendra ni se engendra..."), lo que entronca, a su vez, con

el primer poema ("Mirando/ a un dios desconocido,/ a un dios sin nombre,/ a un dios sin forma,/ un dios sin principio ni final..."), recogiendo la idea del alfa y omega. El dos -prosiguiendo con la numerología- representa lo inefable más lo creado: el segundo poema introduce esta idea ("El mihrab separa/ la vida de la muerte,/ la oscuridad de la luz,/ el pasado del eterno presente./ El mihrab es un agujero/ por donde aparece/ el cosmos. Ahí/ vive Dios./ Por más allá de tu mirada/ está fluyendo el universo..."). Y así podríamos continuar ejemplificando esa ya mencionada relación numerológica entre los diferentes planos de la obra. No parece fortuito que el poema número quince, cuyos dígitos suman seis, haga comparecer al fanatismo, la intransigencia, la ruptura del amor, personificada en los almorávides, o que el número trece (que se resuelve en cuatro) trate de sintetizar al universo, presentado en el tres como "sensorio de Dios". Y así sucesivamente.

Estamos ante un libro para iniciados. Su lectura, no obstante, escapa al hermetismo que, en virtud de lo expuesto, pudiera atribuírsele. Los poemas son claros, diáfanos a veces, y aun ello a pesar de que el lenguaje no siempre es directo ni coloquial el léxico: La sintaxis posee enjundia, cuerpo; brillo el vocabulario. Abundan las anáforas, los paralelismos. Comparece el hipébaton de factura barroca, y, cómo no, el oxímoron, figura inevitable en un texto que puede, sin exceso, calificarse de místico. El lector va a encontrarse frente a una encendida sucesión de plegarias que, indefectiblemente, conducen a la paz: una paz compartida, "una paz parecida a un gran arpa/ que Dios tañese con las yemas de sus astros esparcidos/ viene a mí, para que no sea mía, sino nuestra".

Hemos visto en las citas alguna que otra metáfora representativa. El talante neobarroco de Antonio Enrique continúa presente pero se ha depurado: arroja por la borda mucho lastre para más resaltar el fulgor, el esplendor de la forma, el admirable lujo de la palabra. Comparece, igualmente, el acendrado culturalismo que siempre identificara al autor, quien parece haber renunciado a la vasta profusión de nombres y datos, característica de sus obras primeras, utilizando los referentes culturales con ágil naturalidad, como elemento cómplice, destinado a facilitar la comprensión y, a un mismo tiempo, embellecer la lectura.

Desde 1984, con Orphica, guardaba Antonio Enrique un silencio poético que ahora sabemos fecundo: El oscuro trabajo de estos seis años últimos (obviando la referencia, aquí innecesaria, a sus obras en prosa) cristaliza, de súbito, en tres libros fundamentales: "El Galeón Atormentado" (1990), "Reino Maya" (1990) y, finalmente, "La Quibla", exponentes de esa poesía de la majestad que, a lomos del corcel de la existencia, busca, incansablemente, el autor, cuya pluma acaricia la claridad del alba que nos adviene.



Domingo F. FAILDE

SIETE LIBROS ALINEADOS EN NUESTRO VASAR

por Domingo F. Faílde

I

ESTELAS, de Mercedes Escolano, Madrid, Torremozas, 1991.

Con "Estelas", Mercedes Escolano corona un periplo iniciado con "Marejada", demostrando que, de la fiebre de las denominadas "diosas blancas", sólo ha sobrevivido, como suele ocurrir, lo más sólido. Se trata de una hermosísima colección de poemas, breves en su mayoría, de enjundia y sabor clásicos: pequeños camafeos, en efecto, que condensan la ambigüedad característica de la autora, su capacidad para crear emociones, su peculiar y acendrado sentido del hedonismo, tratando de encubrir una buena dosis de desencanto. Hay en el libro poemas muy notables; es el caso de Octavia de Gades, Adriano regresa a su patria, Plotina Pompeya y, sobre todo, la deliciosa Antinomia, un grácil canto efébrico inspirado en la fascinante figura del joven Antinoo. Lo que, en el fondo, escribe Mercedes Escolano es el eterno poema del Hombre que intenta escapar a la muerte, hurtándole, a la vez, su bagaje de ensueños, memorias y olvidos, conquistando en el texto una vida total, mezcla de biología y biografía, que se transmuta en arte, siendo en este binomio arte/vida donde el libro se abre para el lector, pletórico de esencialidad, que es el ser y el perfume: el alma, en definitiva, de la verdadera poesía.

II

TESTIMONIO DE INVIERNO, de Antonio Carvajal, Madrid, Hiperión, 1990.

El poeta granadino revalida en este libro su bien ganada fama de sabio cultivador de la forma, orfebre de un lenguaje exquisito que, con encomiable sentido musical, conduce por los espacios del poema, arrojando un torrente de emociones, que tiene garantizadas el lector amante de la estética. Su pureza apenas encuentra parangón en la actualidad, poniendo de relieve la vigencia de los postulados de la generación a la que, no obstante lo genuino de sus registros, pertenece.

III

SOBRE UN PUJANTE DESEO, de Luis A. de Villena, Málaga, Litoral, 1990.

Se trata de una preciosa antología que reúne, bajo el epígrafe de "Un paganismo nuevo", una apretada selección de veintitrés poemas del autor, incluyendo un inédito, donde comparecen las obsesiones permanentes de Luis Antonio de Villena: hedonismo, culturalismo, decadentismo, cual corresponde a uno de los más conspicuos epónimos de su generación. El libro incluye además una recopilación de interesantes textos en prosa, dedicados a la persona y obra de Luis Antonio; textos escritos por José María Álvarez, Leopoldo Alas, Carlos Bousoño, Francisco Brines, Antonio Colinas, Rafael Conte, Fernando Delgado, Pablo García Baena, Luis García Montero, José Infante, José Olivio Jiménez, Javier Marías y Fernando Savater, con una carta abierta de José María Amado y unas bellas y divertidas láminas adhesivas creadas por Lorenzo Saval, siempre en torno al tema, inevitable en esta ocasión, del dandysmo villeniano.

IV

LA VIDA DE FRONTERA, de Carlos Marzal, Sevilla, Renacimiento, 1991.

Este libro, segundo de su autor, nacido en Valencia en 1961, obtuvo una beca de ayuda a la creación literaria en 1987. Dividido en seis partes y un epílogo en prosa, el poeta, en tono deliberadamente menor, juega con el lenguaje y desgrana sus versos de los que se desprende un sentido pesimista de la existencia. Poesía intimista, en la que la experiencia del autor comparece desnuda, sin grandes alardes ni artificios.

V

RARO DE LUNA, de Javier Egea, Madrid, Hiperión, 1990.

Inscrito en la corriente denominada nueva sentimentalidad, Javier Egea (Granada, 1952) nos ofrece una poesía de corte narrativo, incardinada en la cultura urbana, si bien, en esta oportunidad, utiliza un lenguaje diferente, más sobrio que el de sus libros anteriores, con ciertas incursiones en lo surreal. Según Antonio Jiménez Millán, autor del prólogo, el poeta parte, en el título, de una paráfrasis de la conocida sonata de Beethoven, cuyo ritmo cambiante ha adoptado, incrementando el efecto musical por la supresión, en la mayoría de los poemas, de los signos de puntuación. Las ilustraciones del libro han sido realizadas por Rafael Alberti.

VI

LA DAMA ERRANTE, de Angeles Mora, Granada, Publicaciones de la Caja General de Ahorros de Granada, 1990.

La poetisa cordobesa, aunque afincada en Granada, parece escorar, definitivamente, hacia los modos de la nueva sentimentalidad. Su poesía, no obstante, se regodea de lo intimista con más intensidad que sus compañeros de promoción, con quienes comparte en notable medida el gusto por una expresión sencilla, sin retórica, así como los temas cotidianos, que la autora desarrolla en tono amable y confidencial.

VII

CASI UNA LEYENDA, de Claudio Rodríguez, Barcelona, Tusquets, Col. Nuevos textos sagrados, 1991.

El autor de este libro, casi toda una leyenda entre los de su generación, nos entrega su quinto libro de poemas, que no está, desde luego, a la altura que cabía esperar: una poesía prosaica y en exceso severa, cuyo adusto carácter se ve, a veces, acrecentado por la penosa extensión de algunos poemas que, en general, no aportan casi nada a su obra anterior, muchísimo más fresca. A la edad, respetable, del poeta, determinados asombros suenan a falso. Ello no obstante, y con las salvedades apuntadas, la factura del libro es correcta: Que quien tuvo, retuvo, y ya se sabe...





Estos Cuadernos de Poesía y
Pensamiento se editan con el
patrocinio del Excm^o. Ayuntamiento
de Tomelloso.



